

Una aventura miserable

Juan Manuel Guerrero

Nota: esta es una versión digital directa de la edición impresa.

A los que saben pedir perdón.

«Libro a la gorra» y otras notas

Este es un «libro a la gorra».

Yo pago la impresión inicial y lo libero sin costo. Son ustedes quienes le asignan un valor a la obra y, si lo desean, ¿hacen? Siguiendo las instrucciones al final del libro (ver página 137).

En términos modernos, esta manera de financiar el libro es una variante de crowdfunding (en español, financiamiento colectivo).

Desde una perspectiva menos concreta, este es un libro inusual. Sin precio, es decir, sin dueño. Libre. Y por lo tanto un producto que le teme a la cruda realidad, pero está decidido a enfrentarla.

¿Funciona un «libro a la gorra»? La respuesta corta es: hasta el momento, no. Por suerte, también hay respuestas largas que quienes tienen la respuesta definitiva.

Esta es la segunda edición de «Una aventura miserable». La primera edición agotó sus dos mil ejemplares en 2018. Para ponerlo en perspectiva, esto lo ubicaría como «best seller independiente» según ciertas categorías informales del mundo editorial independiente.

Esta segunda edición tiene un intenso trabajo de revisión técnica de los textos, una forma encubierta de lamentar las deficiencias de la primera. El objetivo es comenzar a merecer el apoyo de mis lectores. Mi agradecimiento con ellos não tem fim.

Otra novedad de esta edición es que se publica bajo una Licencia Creative Commons muy abierta que califica como «Licencia de Cultura Libre» (ver página 143). Entonces, por ejemplo, bajo los términos de la licencia, este libro puede ser fotocopiado o editado libremente, inclusive con propósitos comerciales.

Hablemos de los textos.

Este es un libro de relatos cortos. La definición, es cierto, carece de precisión y creatividad, aunque no de contundencia, elemento de particular importancia a la hora de las introducciones.

Me adelanto. No hay pruebas de que los escritos de este libro pertenezcan al mundo de la realidad, ni mucho menos al de la ficción. El asiduo uso de la primera persona puede inducir al lector a apostar por la opción de la realidad, pero es un recurso tan evidente que conduce a la sospecha. Quizás las fronteras entre esos dos mundos sean solo ilusiones, meros deseos de comprender algo que tal vez ni siquiera exista. O inconvenientes distracciones que impiden vislumbrar que la respuesta verdadera, de existir, no tiene la menor importancia.

Quedan todavía preguntas a las cuales adelantarme, pero tiendo a escabullirme de las situaciones que se prolongan más allá de su importancia. Así que voy a simular distracción por un momento y, si no hay otra alternativa, continuaré con ellas en la Breve Biografía publicada al final del libro.

El término

«La explicación de por qué le perdono todo reside en mi amor por ella... pero cuál es la explicación de mi amor por ella, realmente no lo sé.»

Antón Chéjov

I

Amo a Claire. Es ella, en cambio, la que no me ama. O quizás me ama como puede, a su manera, de un modo transaccional, eficiente, capitalista. O quizás no puede amarme (o amar), pero lo intenta. En cualquier caso, ella expresa su amor (que no sé si es amor) de una forma tan extraña para mí, tan ajena, que me resulta incomprensible. A veces me siento un huésped, un invitado a su vida, que se adapta al perfil teórico de hombre que ella desearía tener a su lado. O como una pieza, a veces deseable, a veces necesaria, dentro de su tablero de ajedrez. Eso, su amor, tiene contornos sofisticados, sutiles e inexpresivos. Tiene el cuerpo de la formalidad, de la planificación, de la eficacia, acaso las formas en que su amor ¿logra, intenta, puede? manifestarse. Y a pesar de todas estas pistas, de todos estos caminos que confluyen hacia un mismo punto, me cuesta entender la realidad, la cual no está a la vista porque hay un manto, a veces hecho de lo opuesto, que busca cubrirla. Pero debe haber un modo de resumir todo esto, de lograr transmitirlo sin tantas consideraciones, sin tantas vueltas. Lo hay. Es el término.

II

No es fácil amar a Claire, pero lo hago y no me sorprende. Es inteligente, hermosa y tiene un temperamento fuerte que a veces acepto como personalidad. Es una mujer de acción e ideales. Podríamos hacer grandes cosas juntos si tan solo nos comprendiéramos un poco más, si tan solo quisiéramos comprendernos un poco más. Y yo quiero, porque compartimos algo muy especial: nuestra negación a aceptar los términos de la realidad. O eso, al menos, es lo que quiero creer.

Si tuviera que sintetizar a Claire en una sola palabra, sin lugar a dudas utilizaría el término. Si esa posibilidad me fuera vedada, entonces diría que es una mujer dura, como una redondeada piedra de río, con todo lo bueno y todo lo malo que la dureza tiene para ofrecer. Una dureza racional que cubre un corazón tan sensible como postergado, con la cual choco sin remedio mucho más de lo deseable. Y de lo que nuestra relación puede tolerar.

Solo una vez mencioné el término a Claire, al pasar, cuando todavía le hablaba de manera espontánea y despreocupada. Cuando no había caído en su lógica. Lo hice mucho antes de creer que el término era la mejor manera de definirla, como lo creo ahora. Fue el único modo de describir con precisión lo que ocurrió justo después de uno de los momentos más importantes de nuestra relación: la primera vez que hicimos el amor.

Todo ocurrió en aquella ciudad del Norte, tan cómoda y funcional para todos, especialmente para ella. Quizás fue nuestro amor por los viajes en tren lo que nos llevó a encontrarnos en la estación central, a la seis de la tarde. Claire llegó con planificada impuntualidad. Caminamos y nos sedujimos sin prisas, bajo la tenue luz de un sol otoñal que se despedía entre las modernas torres del distrito financiero. La noche nos alcanzó y, con ella, la cena. Nos fuimos dejando envolver por la confidencia, las miradas y el humo de los estudiantes

que atestaban el lugar, uno de los bares más tradicionales de la ciudad. Ya en su casa, el primer beso nos llevó al sofá primero y a la cama después, donde nos amamos con ardor y ansiedad.

Exhaustos y empapados en sudor, no fue difícil disponernos al placer renovador de una ducha caliente. Ella lo hizo primero. Cuando salí del baño, listo para dormirme a su lado, tuve que adaptarme a un cambio de planes: ella me pidió que durmiera en el sofá. Estando en su casa, tenía todo el derecho a pedírmelo y mis épocas de ingenuidad habían terminado hacía ya mucho tiempo, pero aun así me sorprendió. Mientras miraba el sofá buscando respuestas, intenté convencer a mi decepción de que nuestra soledad allí no sería tan mala. No podía entender cómo Claire era capaz de interrumpir de ese modo la magnífica conexión que habíamos logrado. No tenía ninguna duda, ni la tengo ahora, de que había sido mutua.

Así se lo revelé, tiempo después, cuando volvimos sobre los detalles de aquella noche. Yo seguía sin comprenderlo. Fue en ese momento cuando utilicé el término, por única vez. Agregué que quizás se trataba de diferencias culturales. No era la primera vez que experimentaba este tipo de comportamientos en aquellas tierras centrales, donde el pragmatismo gobernaba sobre los símbolos y la vida tendía a reducirse, sin conflictos, a un puñado de argumentos. En esas regiones, después de todo, yo había presenciado largos debates sobre la conveniencia o no de tener hijos, en los cuales las posiciones se sostenían con sumas y restas de tiempo, dinero y desarrollo profesional. Más sorpresa que la escena del sofá, ahora lejana, me despertó su desproporcionada reacción ante mi punto de vista. Al borde de la ira, me explicó que su modo de actuar no le resultaba para nada extraordinario y que no era la primera vez que enviaba a alguien al sofá o era ella la enviada. No me contestó cuando le pregunté cómo se había sentido al estar en mi lugar. Sin dudas, estaba muy molesta por el uso del término, pero yo solo comprendería el significado profundo de ese enojo mucho más tarde. Lo omitió y llevó su descarga hacia mi «generalización» sobre los comportamientos humanos en aquellos países invernales. Como si las culturas no existieran o no fueran diferentes. Como si pudieran explicarse esas diferencias sin hablar en términos generales. Como si pudiera negarse —usé un doloroso ejemplo de mi propia tierra— que en Latinoamérica hay una cultura machista que mata.

La tensión llegó a tal punto que debimos interrumpir un debate que se había vuelto abrasivo y lacerante. Solo hacia la mitad del día siguiente pudimos recuperar cierta normalidad y durante las horas que siguieron me dolió comprender que habíamos desperdiciado la preciosa oportunidad del conflicto para acercarnos y enriquecernos.

La tendencia de Claire a la irritación temprana y explosiva fue la nueva sorpresa que encontré entre mis manos y, por desgracia, la encontraría cada vez con mayor frecuencia. Tampoco sería la última vez que dormiría en ese sofá, uno de sus tantos recursos, sutiles o no, para imponer condiciones.

Ella rechaza, en definitiva, la complicidad que le propongo. Prefiere, en cambio, un imperio. No sé, todavía, si se trata de una diferencia personal o cultural.

III

Las discusiones con Claire son difíciles. Ella las considera innecesarias, una pérdida de tiempo. Derivan rápidamente en callejones sin salida, escenario ideal para que la tensión crezca. No cree que valga la pena dedicar energías a comprender y limar nuestras enorme diferencias personales y culturales. Es mejor ignorar, olvidar y avanzar. A fin de cuentas, el tiempo es escaso. No es extraño, entonces, que busque cerrar las discusiones unilateralmente: «Esto es así,

no hay nada más que hablar, acéptalo y se acabó». Si eso no funciona —nunca funciona—, entonces no le escapa a la posibilidad de cerrarlas con un portazo. A la hora de abrirlas, Claire suele advertirme que no debería enojarme por lo que está a punto de decirme, algo que nunca ha ocurrido. Al fin y al cabo, enojarse es la manera más clara de admitirse intolerante o falta de argumentos.

Casi siempre hablamos en español, excepto cuando discutimos. En ese caso cambiamos al inglés, por iniciativa mía, para aportar neutralidad y fluidez al intercambio. Además de su propio idioma, Claire habla un excelente inglés y un español muy bueno. Sin dudas, ella preferiría discutir en español, pero en los hechos se trata de un obstáculo a la hora de expresarse que prefiero que evitemos para no complicar aún más las cosas.

Nuestras deslucidas discusiones son solo una de las aristas de nuestros problemas de comunicación. No tenemos inconvenientes cuando se trata de intercambiar información de aplicación práctica, como horarios, lugares o pasajes. Inclusive, ella toma la iniciativa. Quizás el único problema sea que toda esa información me resulta secundaria. Las cosas se complican cuando nos alejamos de las costas de lo concreto y no es extraño que Claire ignore mis conversaciones sobre libros, ideas o sentimientos. Si andamos en bicicleta, prefiere la velocidad a la conversación. Cuando estamos de viaje, no responde mis mensajes. O lo hace con una completa lejanía, como si la distancia física se trasladara a nuestra conversación. Y no es que yo sea un tipo pesado. Ocurre que ella está muy ocupada. Con mucho trabajo. Y solo le gusta contestar bien. Y quiere hacerlo en español, para practicar el idioma. Lo cual le demanda tiempo, tranquilidad y concentración. De lo que carece. Por eso no me contesta.

Cuando hablamos sobre nuestra relación y nuestros sentimientos, Claire «evalúa» cada uno de los aspectos que le preocupan. Si es un momento difícil, me informa que no está dispuesta a «invertir sentimientos» en vano. Cree que nuestros conflictos se deben, en buena medida, a mi irresponsable práctica de «juegos de poder». Para ella, nuestra relación puede pasar «de cien a cero» en un parpadeo; si los períodos son más largos, dibuja en el aire la evolución en el tiempo de esos puntajes, mediante curvas funcionales que suben y bajan, con picos en alguna pelea o reconciliación. Claire no estudia matemática, ni economía, ni nada que se parezca a una ciencia exacta. Por suerte. Ella es consciente de todo esto y lo admite, con un orgullo que no puedo creerle. Se autodefine como una persona «práctica» y «nada romántica» a la hora del amor. Gracias por aclararlo, Claire.

A la hora de «gestionar su tiempo», Claire tiene siempre una agenda a mano, lista para ser consultada o rellena. Es como una extensión de su cuerpo, casi un órgano. A veces, ese pequeño cuaderno parece latir. Refleja en ella su vida optimizada, llena de eventos laborales y sociales que pueden estar fechados a más de un año de distancia. Durante la época de éxtasis, el verano, no es imposible que debamos reservar un momento para ir a caminar, quizás la próxima semana. No hay lugar en su agenda para la intimidad (que no tiene por qué ser física), esa actividad tan improductiva. Su vida social está mucho más nutrida que la mía, lo cual no representa un gran mérito... después de todo, soy un escritor. Eso no significa que esté menos sola (hasta quizás lo explique), como muchas de las personas que encontramos en todos esos eventos a los cuales asistimos. Ni siquiera yo logro penetrar esa soledad que ella confunde con independencia. En definitiva, las agendas, como los presupuestos, son la mejor forma de expresar prioridades. Y tenemos prioridades muy diferentes. Por ejemplo, con relación a la familia o al trabajo.

Claire considera a su familia como un conjunto de individuos adultos que comparten los

mismos apellidos, casi una cuestión administrativa. Deben hacerse cargo de sus propias responsabilidades, ella no tiene por qué ocuparse de ellos ni de sus problemas. Le cuesta comprender la importancia que tiene mi familia para mí y considera exagerado que la considere una «fuente de amor incondicional».

Como muchas de las personas de su entorno, Claire trabaja mucho y está orgullosa de hacerlo. «He estado trabajando muchísimo» o «Tengo mucho trabajo que hacer» son frases de cabecera. A menudo trabaja los sábados y siempre lleva consigo algunos materiales de trabajo, por si acaso. Gracias a esa dedicación, tiene una carrera exitosa y está en camino a convertirse en una experta en su campo. Su vida profesional se proyecta sólida hacia el futuro y contribuye con ella al desarrollo de su ya desarrollado país. Y eso me recuerda algo: a ella no le gusta que diga «desarrollado», por ser una palabra que «cristaliza las relaciones de dominación existentes». Como no quiero ser un opresor semántico, me corrijo: su país de alto ingreso per cápita.

El interés de Claire por la política fue una de las cosas que más me entusiasmó cuando la conocí. Por los motivos que sean, ella ayuda con determinación a los más necesitados de la ciudad en la que vive (que no es su ciudad, como no lo es ninguna) y eso tiene para mí un valor incalculable. Es vegetariana y tiene una fuerte conciencia ecológica. Practica un discurso progresista y anticapitalista bastante duro, el cual se nutre de palabras fuertes como «resistencia», pero que no le impide adorar Nueva York y cultivar el secreto deseo de vivir allí algún día. No cae, al menos en mi presencia, en la ingenuidad de proponer el socialismo como alternativa. Para mi decepción, no hemos desarrollado la conversación política. Quizás no le interesa realmente o quizás me considera un interlocutor poco valioso. Después de todo, soy un mero liberal y, tal vez, mi creencia en la igualdad de oportunidades le resulta un tanto ingenua o insuficiente. Cuando por fin establecemos una conversación política, no le gusta que lo hagamos acostados o «en posiciones donde uno predomine simbólicamente sobre el otro». Traducido, que uno esté parado y el otro sentado. Cree que la mayoría de las personas no están preparadas para votar. Porque, como todo el mundo sabe, los únicos preparados para votar son los progresistas.

Como buena progresista, repudia con justicia el nacionalismo y el machismo. Lo hace con devoción, detectándolos y señalándolos todo el tiempo. Y a veces con exageración, como si tuviera la imperiosa necesidad de ser políticamente correcta. Casi todo es nacionalismo desde su punto de vista: señalar una diferencia cultural, mi camiseta argentina de fútbol y los humildes campesinos que celebran un día nacional con ropas típicas. No comprende el amor por el propio lugar, el cual no tiene por qué traducirse en actitudes negativas hacia los demás. Casi todo, también, es machismo: abrirle una puerta, disentir sobre machismo con una mujer y los títulos femeninos que terminan con o. No solo cree (como yo) que las mujeres tienen los mismos derechos que los hombres, sino también que hombres y mujeres son exactamente lo mismo. Cualquier excusa es buena para calificarme como nacionalista o machista, aunque luego termine por admitir, cuando las tormentas pasan y le exijo definiciones, que no, no lo soy.

El entramado de micro-reglas no se limita a nuestra postura física para la discusión política. Por el contrario, se expande de un modo entrópico a todos los rincones de nuestra vida conjunta. Algunas de las micro-reglas, es justo decirlo, hasta tienen su lado positivo, como la obligatoriedad de hacer algo los sábados por la noche. Otras tienen el color de la extravagancia —sobre todo durante el limitado verano—, como tener que permanecer afuera de la casa hasta que caiga la noche. No se trata de enunciados generales, sino de leyes innegociables. Podría enumerar los pormenores de la legislación claireciana hasta invadir toda la historia, pero no tendría sentido. Para resumir, todas estas micro-reglas, juntas, resultan decididamente

desgastantes.

El pantano de regulaciones en el que Claire camina con dificultad expone su inflexibilidad, su forma estructurada de ser. Cree que tener una explicación equivale a estar en lo correcto. Y punto. Esto la conduce a la incapacidad de admitir equivocaciones y, por consiguiente, de ofrecer disculpas. Prefiere dejar los contrapuntos irresueltos o aceptar que las dos partes tienen razón, aunque las posturas se contradigan. Solo como un último recurso acepta ofrecer disculpas, siempre después de mí y nunca por propia iniciativa. Cuando lo hace, casi nunca son genuinas (no podría exigirle tanto), sino más bien un recurso práctico para finalizar una discusión que considera demasiado larga. Ama, o necesita, tener el control. Reconoce que «odia las sorpresas» y que la han llamado, en el pasado, «una mujer dominante». Su switch del amor le permite (cree que le permite) decidir sus sentimientos, los cuales pueden cambiar abruptamente con solo un click, como si fueran una lámpara.

A veces, sus ideas sobre la privacidad y la intimidad me confunden. El sexo no significa mucho para ella, algo que comencé a comprender el día de nuestra primera vez. En cambio, compartir la cama (durmiendo, literalmente) le resulta una experiencia mucho más íntima. Sale a correr varias veces por semana, pero no me permite acompañarla, pues «es un momento muy personal y privado». No le gusta que le tomen fotografías. Practica yoga y meditación; a juzgar por los resultados, de manera insuficiente. Tiene, y no me sorprende, problemas para dormir.

Nada de lo anterior le impide creer que es una mujer mentalmente abierta. Y quizás lo sea según su concepción de apertura mental, la cual se limita a tener un discurso políticamente progresista y al ejercicio de la libertad sexual. Sin embargo, esa concepción no incluye la flexibilidad, la tolerancia ni la humildad ante otras formas de ver el mundo o de hacer las cosas, por más pequeñas e insignificantes que sean.

Es Claire una mujer complicada.

IV

Creo que Claire padece una disociación. Se trata del conflicto entre sus razones, a cargo, y su corazón, sometido. Todo para evitar la inconveniencia del sufrimiento. Sin embargo, sus razones saben que no es bueno vivir sin corazón, así que buscan emularlo de una manera artificial que minimice los riesgos. Erigen una fachada a imagen de su corazón, que no les exige ceder el control. Este inestable castillo de artificios genera una curiosidad colateral: Claire tiende a ver causas donde hay consecuencias. Entonces confunde el temperamento con la pasión, la cortesía con la bondad o la brutalidad con la honestidad.

El término pone de manifiesto ese conflicto en su totalidad y por eso le duele tanto. Nada de todo lo que pasó entre nosotros, que fue mucho, le produjo un impacto tan profundo como la única vez que lo mencioné. Define con contundencia la forma en que sus razones dirigen su comportamiento, contrario a su corazón. El corazón que me eligió y con el que a veces aún puedo encontrarme. Por eso una parte de Claire trae el recuerdo del término de manera recurrente: es su corazón pidiendo ayuda.

Entonces, de la única forma posible, voy con mi corazón en la búsqueda del suyo, sin cálculos ni especulaciones. Acepto mis defectos, mis errores, mis culpas. Me flexibilizo, más allá de lo razonable. Tomo riesgos y expongo mis sentimientos, ahora cargados de contradicciones. Me vuelvo inconsistente y a menudo me siento un idiota. Dudo. Y en cada paso en falso, sus razones me castigan y, si tienen oportunidad, no dudan en humillarme.

V

Estoy dispuesto a amar a Claire, a pesar de todo, para siempre. Yo lo sé y ella lo sabe. Pero sus razones no me lo permiten y logran que su corazón se aleje cada día un poco más. Mientras tanto, el término que hay en ella avanza sobre mí y soy incapaz de contenerlo. La situación, lo admito, me supera. Me desgasto, me debilito y me apago. Ella lo percibe, me lo reclama y, como no podría ser de otra manera, me culpa. En mi lugar, se hubiera dejado hace mucho tiempo, quizás el mismo día de la primera discusión. O de la segunda, como en parte lo hizo. Pero no soy como ella y no estoy dispuesto a serlo. Así que resisto, sin futuro, contra la evidencia. No solo digo que no voy a rendirme, sino que no lo hago. No seré yo quien abandone a su corazón. Será ella quien lo haga, por fin, cuando me deje del todo.

Expulsado de la Plaza del Lector

Mis incursiones a la Plaza del Lector requieren de muchos cuidados.

Casi siempre que voy lo hago en bicicleta. En general llego por avenida Las Heras, aunque a la hora de escribir estas líneas prefiero decir que no, que en realidad llego por avenida del Libertador, porque no está mal sacar provecho de algunas tergiversaciones inofensivas, casi honestas.

La avenida del Libertador tiene a su lado una cómoda ciclovía, por la cual vengo desde el norte. Cruzo la avenida y entro en diagonal por la Plaza Eva Perón. Indefectiblemente, miro la estatua de Eva al pasar a su lado. Al pie del edificio extraterrestre de la Biblioteca Nacional se levanta una gran estatua de Juan Pablo II, ante la cual me detengo unos instantes. Lo hago, en verdad, solo para no comprender después la pequeña y verdosa estatua de Cortázar que no se parece a Cortázar y que, por si fuera poco, se encuentra encerrada por una reja que cualquiera puede saltar, es decir, una reja inservible que solo sirve para estropear aún más la escena. Y entonces, con mi incomprensión ya precalentada, me someto a la pequeña estatua de Borges, ubicada a unos pocos metros de allí, tan verde e inútilmente enrejada como la de Cortázar, pero además escondida, solitaria, mirando hacia la calle Austria o, en el mejor de los casos, hacia una nada que encierra sueños, laberintos y universos infinitos.

Fortalecido por la impotencia, siento que la posibilidad de cambiar esas injusticias se juega en la Plaza del Lector y entonces subo por Agüero hasta encontrarla. Me gusta la Plaza del Lector. Para comenzar, suena bien: Plaza del Lector. Es pequeña, con muchos bancos, orientados casi todos de frente o de espaldas al sol, según la hora del día. Sobre la más larga de las paredes, la del fondo, suele haber una exposición de arte plástico al aire libre, una costumbre que quizás no perdure en el tiempo, como no lo hicieron las estatuas de los otrora vecinos del barrio Juan Domingo y Eva Perón, las cuales alguna vez estuvieron sentadas en uno de los bancos de la plaza.

La plaza tiene tres entradas. Mi favorita es la de Agüero, tal vez porque me permite tener un panorama general desde la comodidad de mi bicicleta. O tal vez porque es la primera que encuentro cuando subo desde avenida del Libertador, algo que, como ya dije, no es cierto.

Por razones que desconozco y no me ocupé de averiguar, la plaza está enrejada y tiene seguridad privada. Algunas veces pienso que es parte del predio de la Biblioteca Nacional y, por lo tanto, los servicios de seguridad de la biblioteca se extienden, junto a sus reglas, hasta la plaza, como si fuera una sala más del edificio principal. Otras, que se debe a la contigüidad de la Embajada de Paraguay, la cual, como todas las embajadas, requiere de unos mínimos recaudos, aunque más no sea por una cuestión de formas. Quizás la más lograda de mis teorías sea que la seguridad existe, fundamentalmente, para proteger a los lectores de autores como yo y de literaturas como la mía. En cualquier caso, me desagrada que la Plaza del Lector tenga rejas y seguridad privada.

Me gusta la plaza, también, porque recibe muchos lectores, lo cual además de ser deseable es consistente con su nombre. No creo que la Plaza del Lector los atraiga por su nombre, sino más bien por la influencia inevitable que produce la extrema proximidad de la Biblioteca Nacional, casi por definición repleta de lectores.

Esos lectores, el tamaño pequeño y la ubicación conveniente dentro de mi recorrido hacen de la Plaza del Lector un lugar más que apropiado para que yo pueda dar a conocer mis libros.

Debo admitir que ya no incursiono en la plaza con la frescura e inocencia de antes, cuando desconocía que mis intenciones estaban reñidas con el reglamento, según me informó el agente de seguridad privada la primera de las veces que me echaron de la plaza. Hasta el día de hoy, no dejo de preguntarme si ese reglamento en verdad existe.

Inútil fue explicarle al agente aquella vez que yo no estaba vendiendo los libros, sino ofreciéndolos gratuitamente a los lectores con mis características amabilidad, calidez y carisma, para que tuvieran la oportunidad de leer un cuento—con suerte, dos— de mi autoría. Y que, si la transacción comercial ocurría, era por un pedido exclusivo, casi suplicante, de los lectores, quienes necesitaban de mi literatura para extender su razón de ser en esa plaza de nombre y misión tan claros, y evitar la presión cierta de tener que mudarse a otras plazas con títulos menos exigentes, como la Plaza Mitre o la Plaza Uruguay. En resumen, traté de explicarle que si la prohibida transacción ocurría no era porque yo vendiera el libro, sino porque los lectores me lo compraban. Es decir, en el peor de los escenarios, era a ellos a quienes debía echar y no a mí, la única víctima de todo ese desagradable malentendido.

De poco sirvió mi lustroso razonamiento, ya que no hubo manera de que el agente flexibilizara su determinación de exiliarme. Debo admitir, eso sí, que me escuchó con una paciencia encomiable. Su argumentación no lo era tanto y se limitó a repetir varias veces, con una voz culposa, que «no le estaba permitido dejarme», depositando la responsabilidad en alguna autoridad desconocida e inmaterial, mientras me miraba con ojos temblorosos, los cuales admitían la injusticia y prácticamente me pedían perdón.

Ninguna rebeldía seria, decente, se rebaja a manifestarse frente a un agente de seguridad privada que, además, custodia una pequeña plaza, una placita; un pobre hombre que solo intenta hacer bien su trabajo, o ni siquiera tanto: llevar una vida honrada, tener un sueldo a fin de mes. Yo sabía que podía sostener y ganar el debate con el lustre de mis razones, pero no con verdades, así que le anuncié que, a pesar de que ambos sabíamos que yo tenía razón, me retiraría pacífica y civilizadamente, con el único y noble objetivo de no complicarle la vida.

Sin esfuerzo ni rencores, cumplí con mi promesa y me dirigí a la próxima plaza de mi itinerario elaborado y secreto, mientras sospechaba que algo valioso se escondía detrás de todo esto. Expulsado de la Plaza del Lector, qué ironía.

Era la primera vez que me echaban. Eso significaba que existían criterios de permanencia y de expulsión, los cuales me exigían ser descubiertos, a menos que todo se redujera a la paciencia de los agentes y yo ya la hubiera agotado. En resumen, volvería una y otra vez hasta alcanzar los límites del asunto, hasta que este conflicto pequeño y novedoso fuera digno de ser llevado al mundo de la literatura.

Mi siguiente visita a la Plaza del Lector fue exitosa. El primer augurio positivo fue identificar a un agente diferente al que antes había promovido mi destierro; un agente nuevo que tal vez no tenía la menor idea de que estábamos enfrentados, ni de mi reincidencia. Resuelto a no dar pasos en falso, até mi bicicleta afuera, en lugar de entrarla y llamar la atención de todos como había hecho hasta ese entonces. Descarté la expresividad gestual, el tono de voz firme, los pasos suntuosos. Hice mi recorrido de manera austera, silenciosa, casi como un fantasma deseando visitar un viejo lugar conocido durante unos pocos minutos y marcharse.

Con el tiempo fui ampliando y ajustando los detalles de mis visitas. Incorporé el delicado gesto de no caminar sobre el césped; eso me alertó sobre el deficiente diseño de las veredas, las cuales no conducían de manera cómoda a todos los rincones de la plaza y me empujaban hacia el atajo del verde, presión que resistí con destacables estoicismo y humildad.

También procuraba iniciar mi recorrido desde las cercanías de los agentes de turno, alejándome progresivamente de sus áreas de influencia, mientras ellos quizás se debatían sobre la conveniencia o no de interceptarme. Mas aún, me esforzaba por no interactuar con ellos, sin mirarlos siquiera, para ahorrarles la siempre pesada responsabilidad de saber. Les proponía, y en general aceptaban, un acuerdo tácito, por medio del cual yo cumpliría mi misión de una manera tan rápida, sigilosa y educada que ellos «ni siquiera lo notarían».

Los agentes rotaban con frecuencia y eran los nuevos los que tenían una mayor propensión a «pedirme gentilmente que me retirara de la plaza». Yo aprovechaba estos incidentes para ensayar nuevas reacciones. A veces, fingía incompreensión y apuraba el paso hasta el punto del trote, con la intención de terminar mi recorrido antes de la expulsión, aun cuando eso significara terminar arrojando los libros a los lectores de un modo bastante brutal, sin presentaciones ni explicaciones, aunque con el inestimable atractivo de un agente persiguiéndome. Otras veces, les contestaba en inglés y alegaba un origen rumano. Otras, les aclaraba que yo era escritor y solo estaba siguiendo los improbables pasos de Bertrand Russell, Antón Chéjov y Lucio Anneo Séneca, mientras les señalaba el edificio de la Biblioteca Nacional, como si eso probara la veracidad de mis palabras. Casi siempre, me preguntaba cómo podría lograr que los lectores intervinieran en mi defensa, sublevándose y exigiendo a los agentes mi permanencia en la plaza. Quizás si escribiera un cuento sobre la Plaza del Lector planteando la problemática y les diera el libro abierto en esa página...

Ocurre, sin embargo, que toda problemática se va agotando. Luego de semanas de trabajo, estos conflictos se fueron escurriendo de una forma tan gradual que casi no me di cuenta. Poco a poco, me fui imponiendo a fuerza de cuidados, paciencia y persistencia, como indican los manuales. La mayoría de los agentes y muchos de los lectores ahora me conocen, y hasta a veces me saludan o me comentan algún pasaje de algún libro que les presté o me compraron. Podría decir que he triunfado. Pero no. El triunfo, si existió, ocurrió mucho antes. O está, todavía, por venir.

Los secretos

Para Sabri

Tuve que revelar mi secreto de una manera tan insignificante como inesperada. El dueño de las cabañas me pidió que alguno de los dos se registrara en el complejo, llenando un breve formulario con algunos datos personales, pocos, aunque suficientes para exponer el secreto del que asumiera la tarea. Sin dar ni una muestra de su total comprensión de la situación y sus consecuencias, ella permanecía a mi lado y contemplaba la escena, impasible.

Dudé en vano un imperceptible instante. Busqué razones que me empujaran a la evasión de lo que supe inevitable desde el primer momento. Sin mirarla ni dar indicios de la derrota que me invadía, tomé la lapicera que la mano del dueño nos extendía y asumí la siempre difícil tarea de abrirme, de hacerme vulnerable. Haciéndolo, no solo me condené a develar mi secreto, sino que también protegí el suyo, en un doble gesto de pretendida caballerosidad con el que esperé, por lo menos, seducirla.

Ella era nívea y civilizada, como la tierra de la que venía, lejana en casi todo a Camboya, lejana en casi todo a la mía. De modo simultáneo e imprescindible, habitaba en ella (y en su tierra) una pulsión oscura, que tuve el privilegio de conocer y sentir.

Los dos sabíamos de los secretos, aunque solo conocíamos el propio. Lo supimos siempre, desde el primer momento en que nos conocimos, tan solo un día antes. Cuando cruzamos y sostuvimos las miradas, y me acerqué a hablarle abiertamente, sin excusas. Cuando la invité a caminar a lo largo de la dorada y solitaria Playa de M'Pay, temprano, una mañana seca y soleada, con la pequeña Isla de Koh Koun como único y reservado testigo. Lo supimos esa misma mañana, cuando la besé por primera vez y ella se dejó llevar, cristalina y calma, como las aguas cálidas y cómplices del mar que nos envolvía. También por la tarde, cuando nos costó separarnos. Y a la noche, cuando estremecidos por un amanecer de luna en el horizonte, nos besamos desnudos en un mar negro que destellaba brillos de color blanco-verdoso, al ritmo de nuestras maniobras de amor inconcluso, contenido tan solo por el más sano de los temores. Lo supimos durante el día siguiente, cuando caminamos sin saberlo rumbo a las cabañas, bajo un sol fulminante que parecía un destino adverso. Cuando abordamos la pequeña barca baqueana que nos acercó hasta las orillas de la magnífica Playa de Saracen y nos conmovimos, incrédulos, con el espectáculo natural que se abría ante nosotros. Y cuando, extasiados, nos dormimos sobre un colchón de arena blanca, a la sombra de un árbol estoico que parecía haber estado allí desde siempre, esperándonos.

Sí, todo el tiempo supimos de los secretos. Y todo el tiempo nos cuidamos de mencionarlos, quizás para convencernos de que no eran importantes, a pesar de su presencia silenciosa, de su ausencia constante y artificial que sugería lo contrario. O para que su conocimiento no se interpusiera entre nosotros. O quizás, mucho más simple, porque los secretos estimulaban aún más la ya incontenible atracción que sentíamos el uno por el otro, como también lo hacía la exótica lejanía de Koh Rong Samloem.

Los secretos no eran, sin embargo, indescifrables. Nosotros mismos habíamos adivinado su existencia, apenas nos descubrimos, y sospechado las siluetas en las que se encerraba el misterio. También los demás podían percibir los secretos, pero la necesaria simplificación de los hechos

les impedía interpretarlos como solo nosotros podíamos hacerlo.

Me incliné sobre el documento, básico, que me doblegaría en unos pocos suspiros. Más que caer, me sorprendía tener que hacerlo de esa forma tan inocente e ingenua. Disfracé la búsqueda de alternativas con una lectura general del papel. No las encontré, excepto por la de mentir sin riesgos, camino que descarté por no considerarlo a la altura de mi autoestima. Ella decidió quedarse y forzarme con ello a la verdad, en lugar de retirarse de la sala con cualquier excusa. Completé mis datos con determinación, como deben hacerse las cosas cuando, equivocados o no, hemos decidido hacerlas. Y me expuse ante sus ojos claros que, por supuesto, advirtieron la revelación y brillaron, aunque nunca los miré para no delatarme.

Ya registrados, fuimos a nuestra cabaña. Era igual a todas las cabañas, como tiende a ser igual todo lo que no es importante. Estaba sobre la arena, a pocos pasos de un mar que entonaba el ir y venir de las olas, el telón musical de fondo al que habíamos aprendido a acostumbrarnos. Aún no había caído el atardecer, pero cuando entramos lo primero que vimos fue la noche que de manera irremediable llegaría. Luego de dejar allí nuestras cosas, fuimos a caminar a lo largo de la bahía. Lo hicimos lenta y despreocupadamente, como si fuéramos los mismos de antes, como si mi secreto desenmascarado no tuviera consecuencias. Más de una vez, nos detuvimos para besarnos con determinación, con certeza, para dejar en claro la frontera de nuestras omisiones. De regreso, durante la cena, nos miramos a los ojos con la ayuda silenciosa de las velas que iluminaban las pequeñas mesas sobre la playa. Arrastrados por la improvisación, como lo prefiere la felicidad, nos deshicimos allí de nuestras últimas monedas.

Alentados por el calor, por la inmediatez y por la seguridad de estar frente a (o más bien, dentro de) un recuerdo imborrable, nos sumergimos otra vez en la noche del mar y nos perdimos en el mágico laberinto de los besos salados. Quizás porque el doble secreto me parecía excesivo, quizás porque no podía ser de otro modo, por fin le dije lo que ya sabíamos:

—Ahora sabés mi secreto.

—Sí —me dijo, serena. No había nada que agregar y no lo hizo. Nos miramos sin hablar durante varios minutos que fijaron el momento en el futuro como lo haría un hierro candente.

—¿Quieres saber el mío?—se decidió, por fin, a no dejarme solo.

—No sé —contesté, y era cierto.

Otra vez la mirada, otra vez el silencio. Con sus piernas se abrazó a mi cintura, tomó mi cuello entre sus manos y acercó su boca hasta mi oído, donde con un susurro derramó su secreto, el cual era breve e inequívoco, como un número.

Nos quedamos muy cerca, protegiéndonos de lo extraordinario del momento, sospechando que tal vez todo aquello se convertiría en dolor algún mañana.

—Tengo frío, salgamos —me dijo, y me extendió su mano caliente que nos rescató del mar y nos guió hasta la intimidad de nuestra cabaña.

Desde las almas, ahora sin los secretos cruzados, la desnudez se extendió hasta nuestros cuerpos y nos amamos por primera vez, libres, con ansia pero sin miedos, bajo la protección blanquecina de un velo humilde que, sin embargo, alimentaba la idea de fantasía, de espejismo. Su cuerpo joven, su piel tersa y su amor tímido realizaban con el tenue albor lunar que se filtraba en la cabaña, como también lo hacía la resonancia del mar y la selva. Su boca habituada a sonreír adoptó esta vez los contornos del placer cuando alcanza sus fronteras con el dolor. Cada uno de los sabores de la piel, cada entrega sin condiciones, en definitiva todo, resultó insuficiente para saciar nuestro instintivo deseo de eternidad. El amanecer trajo la noche a nuestro imposible y nos sumió en el otro sueño.

Dormimos poco. Cuando despertamos, la realidad nos encontró exhaustos, hambrientos y sin dinero. Repletos de lo inolvidable, declinamos la obligada vista desde el Viejo Faro. El paraíso que nos rodeaba, pero también el de nuestro recién, nos proporcionó la energía que necesitábamos para un regreso que prometía ser largo e incierto.

Tomados de la mano, aferrados todavía a lo irreplicable, dejamos atrás la blanquísima playa, la felicidad y los secretos. Caminamos varias horas sin hablar, pues las palabras sobraban, como habían sobrado antes. El sol reinaba en la altura azulísima, era pura energía. Fuego, como nuestra mirada cómplice, como nuestro secreto.

El Otro Desertor del Destino

El destino, por definición, está escrito y determina lo que ocurre con nuestras vidas. Como ante una religión, el poco margen con el que contamos se limita a creer en él o no hacerlo. Lo miremos en formas relativas o absolutas, parece innegable que la cuestión merece algo de nuestra atención, aunque sea por unos pocos minutos.

Vivíamos en una ciudad húmeda, arrinconada en aquella época por un filoso invierno que parecía lograr su cometido de volverse eterno. Todo daba la impresión de dibujarse en tonos de blanco, sobre un fondo que siempre era negro. Caminábamos en silencio, con las cabezas gachas escondidas en los cuellos altos de nuestros gamulanes y las manos en los bolsillos, más por la resignación que llevábamos dentro, en el pecho, que por el frío. Como hacíamos siempre, nos detuvimos a reflexionar sobre el puente, desde donde la espesa niebla no nos permitía ver el río. Hablamos sobre el presente y sobre los futuros. Pero sobre todo, nos dedicamos a lamentar lo que se había preparado para nosotros.

La galardonada antropóloga y humanista Ivana Arsán no duda en desconfiar de la idea de destino, definiéndolo junto al azar como «simples explicaciones filosóficas y hasta existencialistas del futuro». La categoría compartida no le impide definir al destino y al azar como «opuestos hermanados, los dos lados de una misma moneda: la moneda del futuro». Representan ambos «la imposibilidad del ser humano de tolerar la incertidumbre». De esta forma, «el destino crea en la mente de todo ser humano la idea de seguridad y actúa como guía o camino inexorable, indiscutible y supra-humano». Justo antes de terminar su sospechoso cigarro y sin que le preguntemos, Arsán vuelve sobre el tema del azar y sostiene sin vacilar que inclusive este se sustenta sobre una lógica; una que no conocemos, que no ha sido descubierta debido a su complejidad inherente. En este punto, Arsán concuerda sin saberlo con el legendario Doctor Ingeniero Sanguinetti, creador de la famosa Fórmula del Éxito, quien asegura con un dejo de terror que «el azar no es realmente tan azaroso».

La vida nos había jugado una mala pasada y lo escrito para nosotros estaba muy lejos de nuestros sueños, siempre prescindibles, siempre postergados. ¿Qué grave pecado habíamos cometido, tal vez en alguna existencia pasada, para ser merecedores de este desdichado transcurrir que sabía a castigo? No toleraríamos ni un minuto más cargar con las cruces de otros, de otros pasados o de otros deseos que no fueran los nuestros.

En la misma línea de pensamiento que Arsán y Sanguinetti se posiciona el reconocido y áspero filósofo contemporáneo Germano Don Caldani, quien como de costumbre nos recibe en un bar de mala muerte. Encontrarlo allí es parte del destino, del futuro que podemos predecir. Una bebida blanca adorna su mano derecha, donde descansará su mirada a lo largo de la charla, durante la cual nos proveerá sus siempre jugosas definiciones. Al ser interrogado sobre el destino, contesta casi enojado: «No creo en el destino y no me baso en nada para sostenerlo. Creer o no es una decisión, y no hacerlo me parece menos cómodo, menos miserable. La idea de que algo superior dictamina los senderos por los que transcurrirá mi vida me desagrada demasiado. Es cierto, existen creyentes en estas ideas facilistas que hacen la vida más llevadera y nos liberan de la responsabilidad sobre lo que vamos a hacer. Y más importante, sobre lo que vamos a ser». Seguramente afectado por su inclinación al juego, agrega algunas definiciones probabilísticas: «Sin embargo, sí creo en la existencia de un orden de todas las cosas y, como

reza un viejo dicho, el caos es un orden por descubrir. La realidad es que se podría predecir cualquier situación si se contara con la información suficiente».

Mi avejentado compañero, amigo de la infancia, tuvo el coraje de proponer, por fin, lo fundamental, lo que ya sabíamos en el fondo de nuestros corazones. Mirando hacia donde estaría el horizonte, me anunció que desertaría del destino. Y con ello me empujó a una encrucijada trascendente y sin retorno, como ocurre siempre que estamos frente a quienes deciden ser fieles a sí mismos. Si era cierto que yo deseaba entregarme a La Verdad, esta era la oportunidad de hacerlo. ¿Dejaría solo a mi amigo? ¿Me dejaría solo a mí mismo?

El destino existe. Y no solo eso: está escrito de manera inapelable. Sin embargo, no estamos condenados a seguir sus párrafos al pie de la letra, así como el actor de teatro tampoco tiene la obligación de seguir el libreto, por más escrito que esté. Es cierto que el actor no suele alterar la letra de su guión, pero no lo hace por imposibilidad, sino más bien por prudencia. Sigue un guión que quizás no le agrada y entonces la obra termina sin sobresaltos ni sorpresas. Lo mismo ocurre cuando nos abandonamos a la corriente de un río calmo, permitiendo que nos arrastre hasta su desembocadura. Eso es el destino: dejarnos llevar, no hacer. La vida por omisión. Y así como el actor sabe cómo terminará la obra, nosotros podemos entrever nuestro destino si tomamos nuestros presente y lo proyectamos hacia el futuro. Yo puedo ver mi destino con llamativa y dolorosa claridad, no solo en mi agobiada mente, sino en todos lados, todos los días, con mis propios ojos.

Desertaríamos del destino. La herejía sería castigada con dureza ejemplar, disuasoria. Futuros desertores lo pensarían dos veces. La eventual pena, sin embargo, difícilmente fuera a ser peor que las pesadas cadenas de lo establecido. Siempre es preferible la paranoia del hombre libre que la resignación del prisionero. Y es mejor tener al destino detrás, acechándonos, que encima, espoleándonos. Mi amigo pasó a ser conocido desde ese momento como El Desertor del Destino.

La astróloga Mercedes Herrera declara que «si bien desde un punto de vista estrictamente profesional suscribo la existencia del destino, por supuesto determinado por los astros y descifrable gracias a mis capacidades, en lo personal carezco de precisiones mayores sobre el tema». Señala, además, que «la discusión (y por lo tanto este escrito) no es importante, ya que resulta imposible comprobar cualquiera de las teorías. ¿Cómo podemos saber si la decisión de atender mi opinión es fruto de nuestra libertad o consecuencia inexorable de nuestro destino?». Lo que sí puede asegurar es que «son los fracasados los que tienden a creer en el destino, para endilgarle sus propias culpas, mientras que son los exitosos los que tienden a descreer del mismo, para atribuirse los méritos, aun cuando no les pertenezcan».

Pasaron pocos años antes de que El Destino se encargara de encerrar, de manera irremediable, a mi viejo amigo El Desertor. Quizás su humanidad era mucho más limitada que sus ambiciones y, después de todo, no era posible escapar de algo tan definitivo. En el desorden de nuestra fuga, nos habíamos separado hacía tiempo y solo escuché decir que fue una noche cerrada y brumosa, como la primera, cuando El Destino lo sitió en un estrecho callejón sin salida. Una vez más, me había quedado solo. La frialdad es una triste cualidad de los que vivimos escapando y es la que nos permite superar pérdidas tan dolorosas como esta. El Destino se encuentra ahora detrás de mí, pero no voy a permitirme la derrota, ni la decepción de los pocos que todavía creen en mí, a quienes me debo. Esos que, de manera exagerada, me llaman El Otro Desertor del Destino.

Tren a Zurich

Para mi amigo Guido

Diría que esperábamos algo, una cierta normalidad o aburrimiento, porque cuando abrimos la puerta del compartimento nos sorprendimos. Primero, por la música, que sonaba muy alta y me pareció balcánica; tras repasar esta historia decenas de veces en mi memoria, terminé por concluir que debió haber sido gitana, concebida en Hungría o en algún otro rincón de Europa del Este. Segundo, porque las responsables de la música eran dos mujeres jóvenes, suficientemente atractivas, de ropas ajustadas y ojos delineados, muy negros, de esos acostumbrados a levantarse siempre. Por un momento, me sentí en un tren urbano de las afueras de Buenos Aires. Antes de entrar y luego de un primer hola, lo miré asomarse por sobre mi hombro a mi buen amigo Gino.

El compartimento era uno más de los muchos que componían el vagón de tren. Los vagones también eran muchísimos y excedían el área techada de la estación. El día se estaba apagando, serían más las siete que las seis, pero sobre todo era tarde y habíamos llegado a nuestro tren justo a tiempo, literalmente corriendo. Con Gino jugábamos de memoria, excepto a la hora de la puntualidad. En parte también por eso mi amigo era «todo lo que se dice de Buenos Aires», según las palabras de un pasajero suizo del mismo tren que conoceríamos unas horas más tarde.

El tren partía de la magnífica estación de Keleti, la más importante de las grandes estaciones ferroviarias de Budapest, la ciudad a la que suele llevarme de regreso la arbitrariedad de mis sueños. No hubo tiempo —como siempre que se prioriza de manera equivocada— para disfrutar de su arquitectura ecléctica. Sus enormes salones, separados entre sí por grandes puertas de madera, estaban custodiados por sólidas columnas de mármol rosado y casi siempre por frescos de Karoly Lotz.

El destino final era Zurich, ciudad ubicada a unos mil kilómetros de distancia.

Entramos en el compartimento y saludamos a las dos mujeres, con una sonrisa más sugestiva que necesaria, estrechándoles la mano mientras nos presentábamos en inglés. El saludo, medido, buscaba equilibrar el desordenado deseo de explorar a nuestras nuevas compañeras de viaje con la civilizada lejanía que las personas prefieren a la hora de un saludo inicial. Las mujeres respondieron con moderado entusiasmo, tal vez porque no entendieron nada de lo que dijimos, ya que al parecer solo hablaban un idioma incomprendible para nuestros oídos, probablemente húngaro.

El compartimento tenía seis camas. Revisamos que los números asignados fueran los correctos y acomodamos nuestro equipaje. Mientras tanto, las mujeres no bajaron la música, lo cual no sé si me molestaba, pero sí me llamaba la atención. «Qué raro que no bajen la música», le comenté a Gino luego de conversar un rato. «Sí», me contestó.

Mi comentario fue casi una provocación para Gino, quien tomó a una de las mujeres del brazo y, señalando el equipo, le consultó vagamente por el origen de aquella música. Culposas, ajustaron el volumen de inmediato, mientras parecían disculparse. Gino omitió las aclaraciones, los cuales no le interesaban, y buscó en cambio conocer sus nombres: Dika y Malina. Les dejó saber que éramos de Argentina y algunos datos básicos relacionados, como que hablábamos en español. El empuje de la intención logró extender la conversación, algo que el efectivo

entendimiento jamás hubiera conseguido. Dika, la menos atractiva y quizás por ello la más decidida, contribuyó con algunas palabras clave en inglés que ayudaron a desatar algunas conversaciones anudadas, por no decir inexistentes.

Al poco tiempo de puesto en marcha el tren, una tercera mujer se sumó a nuestro compartimento. Su nombre era Rozi y conocía a Dika y Malina. Luego de acomodarse en su cama, se sumó a nuestro diálogo de voluntades y, sin demasiado esfuerzo, le arrebató a Malina el título de la más atractiva del grupo.

Cuando se agotó el esfuerzo inicial de la conversación y la comodidad del propio idioma terminó por imponerse, decidimos con Gino salir al pasillo. Miramos por la ventana, ya era de noche. Adivinamos el frío y la negrura del otoño tardío asentado sobre la invisible llanura húngara que nuestro tren atravesaba sin demasiada prisa. Cuando prestamos atención al pasillo, tan angosto como dos personas cruzándose, nos fue imposible permanecer indiferentes. Otros pasajeros también habían salido de sus compartimentos, quizás a estirar las piernas o a refrescar sus sueños en la oscuridad de la ventana. O, tal vez, a recordar un infierno que dejaban atrás o a imaginar uno que se avecinaba. No lo sabíamos. «Che, ¿por qué hay tantas minas en el pasillo?», le pregunté a Gino.

La irrupción del guarda postergó las sospechas que ya comenzaban a crecer y nos envió de regreso al compartimento, donde buscamos nuestros boletos y pasaportes. El guarda, quien como casi todo en el tren parecía húngaro, tomó nuestra documentación y la examinó largamente, con una notable capacidad para no aburrirse. Cuando llegó a una conclusión, nos anunció en un esforzado inglés que los boletos eran inválidos debido a que no habíamos completado la fecha de uso; por lo tanto, debía retener la documentación hasta que pagásemos una multa exorbitante. Inútil fue explicarle mil veces que no conocíamos el procedimiento y que hasta ese momento habían sido los guardas quienes habían completado la fecha de los boletos. La discusión se extendió por más de una hora. Dika, por experiencia o diversión, nos alentaba a no ceder. El guarda, agotado, decidió cerrar la controversia amenazando con bajarnos del tren en la próxima parada, cuyo nombre era irrecordable pero se trataba en esencia del gélido centro de la nada húngara. Agotadas las instancias de argumentación, le dijimos que muy bien, pagaríamos la desgarradora multa, pero que luego de una hora de discutir con nosotros sabía muy bien que no le estábamos mintiendo; éramos de Argentina y no nos sobraba el dinero, como seguramente tampoco le sobraba a él o a sus hijos. Para terminar, le dijimos que debería cargar con esa culpa hasta el final de los tiempos, dándole un cierre decididamente emotivo a nuestro alegato final. Fue entonces cuando, por primera vez, la mirada del guarda divergió de sus palabras y nos dijo que lo sentía mucho pero así eran las reglas, así que iría por los recibos y regresaría para efectivizar el cobro de la multa.

Mientras esperábamos al guarda que nunca volvería, nos percatamos de que habíamos concentrado la atención de todos los pasajeros del pasillo. O mejor dicho, de las pasajeras, ya que eran casi todas mujeres, y jóvenes. Gino me miró. Volvió a enfocarse en el pasillo y lanzó una soga visual cuyo extremo quedó anclado en los ojos de una de las chicas, Lumi. Ajustó esa cuerda imaginaria y tiró hasta quedar parado muy cerca de ella. Entonces descubrió que la mirada de Lumi—es decir, Lumi—era dura, resistente y audaz.

Quedaron enfrentados a una respiración de distancia, casi sacándose chispas. Gino le hablaba en español y Lumi le contestaba en su propio idioma, ambos con llamativa determinación. La conexión fluía y parecían entenderse, a pesar de los idiomas incompatibles, o quizás gracias a ello. Él sacó de su bolsillo una pequeña guía de Budapest. Entre otros recursos

ofrecía una treintena de frases en húngaro, incluyendo algunas que desafiaban al turista a probar suerte en el difícil arte de la seducción magiar. Le mostró a Lumi la palma de su mano, pidiéndole paciencia, mientras leía la guía en silencio. Todo el pasillo, convertido ahora en una especie de tribuna, miraba expectante. Los seis pasajeros del compartimento más cercano ya se habían acostado, pero no se privaron de abrir bien la puerta y asomarse desde la cama. Casi como un silencio, el sonido del tren avanzando sobre rieles y durmientes lo había ocupado todo. Mucho antes de estar preparado, Gino comenzó a disparar palabras en húngaro con la ayuda de su pequeña guía, mientras las mujeres del pasillo explotaban en gritos y aplausos. Lumi también reía, mientras alternaba comentarios impenetrables con las mujeres que la secundaban. El show público de cortejo intercultural duró varios minutos. Lumi no retrocedía ni un milímetro y Gino ya no podía acercarse más, así que buscaba una caricia en los brazos o en el pelo, mientras intentaba sin éxito tomarla de la mano.

Lo siguiente —a esa altura podía ser todo— se vio interrumpido por la aparición de una mujer tan joven como las demás, pero muy distinta y muy enojada. Era rubia, con el pelo muy estirado, atrapado en una coleta ajustada por sobre la línea de las orejas. Casi gritando, les ordenó a las chicas que se retiraran a sus compartimentos. Con desgano, le obedecieron. Pude ver los ojos decepcionados de Lumi, quien le dedicó una última mirada de reconocimiento a Gino, le dijo el nombre de un hotel y se fue con la cabeza gacha, casi arrastrando los pies, hasta desaparecer al final del pasillo. Gino me daba la espalda, pero no tuve que verle los ojos para saber que su desencanto era todavía mayor.

No conforme con la liberación del pasillo, la mujer rubia lo encaró a Gino y le ordenó en perfecto inglés que dejara de hablar con las chicas, como si cualquiera estuviera en condiciones de entrar por la ventana y prepotear a un porteño de ley. Gino me miró con una media sonrisa y luego, en argentino puro, le preguntó «¿y vos quién carajo sos?», con toda la ayuda sentimental que fue capaz de concentrar en sus manos y en su cuerpo. La mujer rubia volvió a la carga con su sermón mientras Gino se transformaba en una incapacidad de aceptar hecha gestos. Negaba con la cabeza, se tomaba el rostro con las manos, se mordía los labios y revoleaba los ojos hacia el techo. «Mirá querida, vieja tengo una sola y está en Liniers, así que tomatelás, rajá, chau», devolvió las órdenes, mientras estiraba el brazo señalando el final del corredor, o tal vez un lugar más lejano como Moldavia. Resultó imposible saber si la mujer rubia había entendido algo, pero no que se retiró gritando en alemán cosas poco bonitas.

El pasillo había quedado desierto. Me acerqué a Gino y fue poco lo que pudimos comentar sobre lo ocurrido, ya que uno de los pasajeros que había presenciado el show desde su cama se había levantado para conversar con nosotros. Se presentó como Rapha y estaba feliz, sonriente. Como buen suizo, hablaba español y varios otros idiomas. Lo miró a Gino por unos segundos, encandilado, como si estuviera ante una leyenda que de repente se hacía realidad y se le volvía accesible. «Eres todo lo que me contaron de Buenos Aires», confesó por fin, casi emocionado. Se ganó nuestro cariño con facilidad y conversamos con él casi una hora, hasta que un pasajero de sueño impaciente nos pidió silencio. Lo despedimos con un abrazo y nos fuimos a nuestro compartimento.

Dika, Malina y Rozi estaban despiertas, conversando, o tal vez esperando. Nos miraron de una nueva manera que no llegué a comprender del todo. Sin demasiados rodeos, Dika intentó decirnos algo, ayudándose con las manos. Nos señalaba a todos y luego golpeaba la parte superior de un puño contra la palma de la otra mano. Nos estaba proponiendo sexo grupal. Lo miré a Gino. Actuando sin inocencia, le dije a Dika que nos parecía una excelente idea, me saqué

la remera y traté de avanzar sobre ella. Me detuvo con la punta de su dedo índice sobre mi pecho y me aclaró, gesticulando, que pocas cosas son gratis en la vida. Volví a mirar a Gino. «No, no... nosotros no vamos a pagar... en todo caso, ¡ustedes deberían pagarnos!», contraataqué en inglés, con una media sonrisa, mientras lentamente me volvía a poner la remera y Dika, quizás decepcionada, trataba de reencarrilar la negociación por medio de más señas, ofreciéndome quizás un gran descuento. Mi intransigencia la hizo buscar a Gino, quien sonreía a mi lado. «No, no... somos latin lovers... podemos hacerlo sin dinero de por medio, pero no vamos a pagar...», confirmó también en inglés. Dika miró a sus compañeras y hubo una breve e incomprensible deliberación. Cuando se pusieron de acuerdo, Rozi apagó la luz.

La policía suiza fue la responsable de despertarnos a la mañana siguiente. Nada de lo ocurrido durante la noche me había distraído de dormirme abrazado a mi mochila. El tren estaba parado en la frontera y los oficiales suizos pasaban a controlar los pasaportes. Todo estaba bien en nuestro compartimento, pero se escuchaba cierto tumulto en el andén. Como la demora se extendía demasiado, salimos con Gino al pasillo a mirar por la ventana. Había media docena de oficiales suizos, tres guardas, unas veinte chicas y la siempre enojada mujer rubia. El diálogo principal se daba entre un oficial suizo y el guarda que nos había olvidado, o perdonado, la noche anterior. La inexpresividad gestual de los hombres nos impedía adivinar si estaban de acuerdo o no, aunque recordando la última mirada del guarda, y por simple oposición al oficial suizo, presumí que no lo estaban. Tras varios minutos de contemplar el operativo, se nos volvió claro que la veintena de chicas no cumplía con las condiciones necesarias para cruzar la frontera hacia Suiza. Me parecía increíble que las personas pudieran embarcarse en ese tren durante la noche sin contar con la mínima seguridad de poder cruzar la frontera. Mis preguntas no paraban de multiplicarse. La conversación de los hombres se desarrollaba alimentada por la intervención recurrente de otros oficiales, las llamadas a través de los handies y la malhumorada mujer rubia. Hundido en el silencio, no sabía si desear que las chicas pudieran cruzar la frontera o no. Lo miré a Gino: él tampoco sabía.

Finalmente, las chicas no pudieron continuar con el viaje y las vimos alejarse desde el tren, el cual retomó su camino hacia Zurich, corriendo desde ese momento sobre territorio suizo. Dika, Malina y Rozi habían vuelto a la cama tras el chequeo de los pasaportes y dormían apacibles, ajenas al conflicto de la frontera, como si no tuviera nada que ver con ellas, como si fuera parte de su normalidad o de la normalidad de sus viajes. Para no despertarlas, desayunamos con Gino en silencio, buscando encastrar las piezas del rompecabezas que ahora, desde el presente, parece presentarse tan claro.

Llegamos a Zurich con sentimientos encontrados. Despedimos a nuestras compañeras con un beso que sabía a abandono, a impotencia. Dejamos rápido la estación, como escapando. Caminamos con determinación, más para alejarnos de allí que para llegar a nuestro departamento, ubicado en una de las tantas construcciones homogéneas que poblaban la calle Hardstrasse.

El día fue largo, insustancial y un poco triste, como una espera. Tal vez ingenuos, esa misma noche fuimos en busca del hotel cuyo nombre había sido la despedida de Lumi. No fue difícil encontrarlo, pero no conocían allí a ninguna Lumi, ni a ninguna chica húngara, ni a nadie. La interminable historia del tren había terminado, al menos hasta hoy. La literatura es, a veces, una forma de resistir los finales.

Sepultada la deseable aventura de Lumi, nos resignamos a recorrer Zurich del modo recomendado, razonable. Caminamos por sus calles grises, ordenadas, perfectamente

mantenidas, las cuales llevaban de una u otra forma a las aguas claras del río Limago. Visitamos las pacíficas iglesias de San Pedro y de Fraumünster, cuya traducción al español nunca había sido del todo resuelta. Saboreamos el famoso chocolate y admiramos la eficiencia del sistema de transporte. Contemplamos desde el lejano mirador de Ütliberg cómo el bello paisaje de lagos y suaves colinas abrazaba la ciudad.

Zurich se presentó ante nosotros de manera amable, silenciosa y civilizada. No pudo, sin embargo, escondernos su costado secreto y primitivo, brutal y negro, bestialmente hambriento de Dikas, Malinas, Rozis y Lumis.

Misterioso portero

El portero de Buenos Aires —cada uno de ellos— esconde un secreto, oscuro y pernicioso, como todos los secretos. Podemos observarlo con facilidad, cuando pasamos caminando frente a la puerta y lo vemos allí, afuera o adentro, parado o sentado, «distráido» o mirándonos a los ojos, casi siempre acomodado en alguna de las formas del reposo. Como si alguien pudiera estar allí, de esa forma y durante años, tan solo para administrar la entrada de un edificio.

No es el portero un simple hombre al que se le paga para que nos abra la puerta, nos sonría con calidez y nos haga sentir un poco más seguros al entrar. O para que realice algunas tareas de mantenimiento a cambio de una propina, casi siempre insuficiente. Es el portero un medio para algo más elevado y no un fin en sí mismo, el elegido de un destino superior e inexorable, del que se sabe el brazo ejecutor, aunque es seguro que lo desconoce con exactitud, como le ocurre a todos los que tienen la bendición (o la desgracia) de saberse llamados a hacer algo importante. Soberbio, es consciente de su propia gravedad, aunque a veces se pregunte cuál es el camino, por el amor de dios, cuál es. Pero con la misma precaución con la que día a día despliega su espera, elige callar y cubrirse bajo un manto de humildad que lo preserve.

Cuando por la mañana, tempranísimo, sale a baldear la vereda no lo hace por meras cuestiones de contrato, de estética o de higiene, ni tampoco por el simple placer de derrochar agua, sino que prepara el escenario para que la revolución llegue y se sienta a gusto, bienvenida. Después de todo, lo menos que se merece una nueva era es una entrada limpia y cristalina que huela a crisantemos o, por lo menos, a lavanda.

No se asoma a la calle para ver cómo ha cambiado el clima, ni para inspeccionar el origen de un ruido violento que puede haber estallado en las cercanías, como una sirena. No lo hace para engañar al tiempo y hacer que el día, igual a todos los anteriores, sea más corto, sino movido por su impaciencia, la de comenzar a cumplir con la tarea que El Absoluto le ha reservado. Con la vista perdida en el horizonte, no muy lejano en tierra de edificios, es seguro apostar que se pregunta si ese día es El Día, si la espera finalmente ha terminado. La mirada se le llena de miedo cuando nos descubre observándolo y seguramente se pregunta si sospechamos la verdad o, mucho peor, si la hemos descubierto. Esos momentos de perplejidad, de vacilaciones, develan su naturaleza humana, tantas veces minimizada. De pronto, tal vez, una ráfaga de viento que logra escurrirse entre las bestiales construcciones le da de frente y lo despeina, desarmando esa imagen sólida y confiable, y entonces todo y todos se llenan de dudas. Pero esto no lo inquieta ni lo priva de seguir allí, firme, esperando.

La inocencia de su aspecto es puro espejismo. Cuando adivinamos aburrimiento en su rostro curtido, nos equivocamos. No es la lectura reiterada del mismo periódico matutino una mera distracción, como no lo es completar los mismos juegos de siempre, en la última página. Tampoco lo es el pequeño televisor que proyecta partidos y resúmenes de fútbol, sobre todo del equipo al cual el portero declara adherir. Quizás el entretenimiento sea solo para nosotros. Y el mismo error cometemos al creer que el portero solo mata el tiempo cuando parece incapaz de despegarse de su teléfono.

A veces cede a la impaciencia y no logra contener el impulso de compartir una confesión o una sospecha con su colega vecino, quien también sale afuera, fuma un pucho, mira el cielo y casi en un tono de súplica se pregunta cuándo, cuándo. Y entonces se miran, se entienden y se

acercan, para darse unas palmadas, decirse sin novedades mi viejo y, sobre todo, para darse ánimos. No hay que aflojar amigo, ya es demasiado tarde para mirar atrás.

No son chismes los que administra entre sus manos fuertes y callosas, sino indicios, pistas de la venida. El portero, no siempre sin excesos, gobierna esta información con celo y hasta con pasión. La chequea, la contrasta y sobre todo la estudia, para que ninguna señal pase inadvertida, para que la materialización de El Plan no se exponga a ningún contratiempo ni a ninguna indeseable distracción.

Exhausto de estar alerta, a menudo se rinde ante el sueño. Lejos está ese abatimiento de significar un abandono o una incapacidad. A veces, simplemente, dormir nos salva de una pesadilla, de una vida con demasiadas responsabilidades. A pesar de las presiones, el portero es un hombre valiente, tenaz, y mantendrá su vigilia hasta el final, aunque El Día no llegue, como lo han hecho tantas generaciones de porteros.

Porque es muy fácil juzgar al portero desde el confort de una vida acondicionada y material, donde los placeres son tersos como la seda y dulces como la miel. Porque es muy fácil, en definitiva, ignorar que los porteros también se quiebran por las noches, lloran, y se desangran en la incertidumbre, en la fe sin fundamentos.

Sin embargo, y esto es lo importante, El Día está por llegar. Por razones que no vienen al caso, yo conozco el secreto. Lo develaría, pero hacerlo sería cantar victoria antes de tiempo.

Tragedia para todos

«La diferencia entre Argentina e Inglaterra consiste en que en Inglaterra un profesor de Oxford no sabe quién es Lady Di. Y si lo sabe, no conoce su desgracia. Y si la conoce, no le importa. Y si le importa, se lo calla.»

Guillermo Jaim Etcheverry, en su libro «La tragedia educativa»

El tipo de al lado no paraba de hablarme. Había comenzado a darme cátedra hacía ya como media hora. Lo hacía con marcado énfasis, como si estuviera ofreciéndome verdades fundamentales que al serme reveladas cambiarían el destino del país. En los momentos de mayor vehemencia hasta escupía un poco. Yo le pedía que se calmara, mientras miraba cómo las gotitas de su saliva caían en mi pantalón y eran absorbidas con velocidad por la gastada pero sedienta tela de jean. Por supuesto, no le importaba en lo más mínimo mi opinión. Cuando llegó el momento de bajarme del colectivo, me despedí, eludí el abrazo que intentó darme y me fui hacia la puerta trasera. Él continuó hablándome, mientras giraba hacia mí como un girasol para mantenerse enfocado. Las puertas se abrieron, me bajé y aun desde la calle pude escuchar su voz infatigable buscando redondear la idea de su discurso.

Desde esa misma calle, pude ver cómo el colectivo arrancaba sin que una señora terminara de bajar, cosa que finalmente hizo pero de cabeza. Se levantó chorreando agua, a las puteadas, lo cual me sorprendió porque parecía muy distinguida. Cuando me acerqué a socorrerla comprendí mejor su irritación, ya que la supuesta agua no solo había arruinado su delicado vestidito lila, sino que despedía un indisimulable olor a podrido. Antes de seguir mi camino, le mentí con piedad sobre la seriedad de esas manchas marrones, intensas, que habían llegado para quedarse, por lo menos, todo el día.

Busqué la parada del próximo colectivo que tenía que tomar. La encontré y me dispuse a esperar, solo dios sabía cuánto. Sí, así es la vida cuando uno es lo suficientemente libre; o cuando no tiene dinero, como en mi caso. Por suerte estaba preparado, así que saqué el más gordo y viejo de los libros que llevaba. Era de análisis matemático y tendría unos doscientos años. Comencé a leerlo y mientras lo hacía —es decir, mientras intentaba descifrarlo— la chica que esperaba a mi lado me preguntó si estudiaba ingeniería. Acertó. Le pregunté si se había dado cuenta por el libro, pero me dijo «no, por la pinta, la cara... todo». Di por terminado el diálogo, temeroso de adentrarme demasiado en los detalles. Luego de treinta minutos de espera, hartado, decidí caminar. Un pibe de la calle me interceptó para pedirme una moneda que me sobrara. Le dije que no tenía —la pura verdad— pero le ofrecí una manzana que llevaba conmigo. Sin dudar, la rechazó y se fue. Tan mal no le iba después de todo.

Llegué al hospital. Era público, lo cual me abría la posibilidad de varios párrafos adicionales para esta historia. Había una especie de fila de espera, a pesar de que el sistema de atención se basaba en sacar un número. Tomé uno, mientras intentaba comprender la impaciencia de las personas que se amontonaban en el área del mostrador. Me alejé un poco y elegí una incómoda silla de plástico que estaba sola contra una pared bastante deteriorada. No lejos de allí había también una inexplicable mesita, casi un pequeño escritorio, que acerqué para apoyar el libro. Me acomodé todo lo que la silla y mi metro ochenta y pico me permitieron, y me hundí en la lectura de otro de los libros que llevaba, el cual trataba sobre la eterna decadencia de la

educación argentina. Tanto que me alteré cuando una señora me interrumpió tironeándome de la remera. «Perdoná, ¿vos trabajás acá?». La miré fijo y me dieron ganas de preguntarle si acaso no veía que estaba leyendo un libro cualquiera, sin un propósito determinado, desalineado y de mal humor. En ese momento comprendí su confusión y opté por contestarle que no, solo estaba esperando.

Por cierto, yo había ido hasta el hospital para visitar a mi tío Armando, quien había sufrido su infarto número seis. Pobre tío Armando.

Después de un largo tiempo de lectura hice una pausa para descansar la vista. Miré a las decenas de personas que esperaban en los alrededores; no hacía mucho calor, pero algunas insistían en que sí y se abanicaban con las manos. Se las veía impacientes, cansadas, podridas. «Cuánta gente al pedo», pensé. Como un vicio profesional, estimé rápidamente la cantidad de personas que había allí perdiendo el tiempo y la multipliqué por la cantidad de hospitales, municipalidades, bancos y otros lugares donde las personas debían esperar como pobres desgraciados, hasta que me perdí en la cuenta. Si toda esta gente fuera respetada, se rebelara o estudiara mientras espera, o todo a la vez, tendríamos un país mejor.

Las decenas de minutos pasaban y pasaban, hasta que comenzó a oscurecer y la luz natural terminó por abandonarme. Su reemplazante, la artificial, dejaba mucho que desear y no tenía ganas de lucir anteojos en el futuro (y mucho menos de ir al oculista, a la óptica, etc.), así que suspendí la lectura. Me entregué al enemigo y me acerqué al televisor que estaba en la punta, cerca de una puerta que chillaba como un lechón cada vez que alguien la abría. Entrevistaban a una diputada, quien afirmaba que «necesitaba una transformación profunda en mi vida, por eso decidí cambiar el color de mi pelo; ahora luce más cobrizo, un tono que me fascina». Me reí con amargura, con un nudo en la garganta, mientras me mordía el labio inferior. A mi lado, casi postrada, una señora muy gorda coincidía a viva voz en que sí, el cobrizo le sentaba mucho mejor. Ahora sí, ya no tenía dudas: este país se estaba yendo al carajo. Con la ayuda de mi vocabulario y todo.

Por fin fui atendido. «Quisiera ver a Armando Guerrero, por favor» le dije a la recepcionista que tomaba mate y tenía cara de Norma. «Es mi tío», le aclaré de manera absolutamente innecesaria. Me ignoró por completo, mientras buscaba en una planilla bastante arrugada que tenía muchas anotaciones y algunos dibujos sobre los márgenes. «Se fue», me informó y le entró a una suculenta medialuna con dulce de leche, al tiempo que espolvoreaba azúcar impalpable sobre la planilla. Bueno, ya era hora, me dije, sin dejar de mirar cómo Norma masticaba con devoción. Había soportado cinco infartos, nada menos. Y su vida había sido bastante buena, un apasionado del asado y del fútbol. Y del vino. Quizás notando mi abatimiento y mis ojos perdidos, y solo una vez que terminó la medialuna, Norma me aclaró que el tío se había ido «a su casa». Suspiré aliviado y, a pesar de todo, sonreí.

Llegué a casa tarde, para comer. Podría pensarse que perdí todo el día en el hospital. Sin embargo, yo diría que había sido una tarde llena de experiencias reveladoras. Algún día escribiría un cuento con todas ellas. Y el tío Armando estaba vivo. Sin dudas, había sido un gran día.

Julián, el escritor

Julián sabe, en lo más profundo de su ser, que es un escritor. Quizás no es consciente de que lo sabe, pero lo sabe, porque no hay que ser consciente de las cosas para saberlas. Lo sabe cuando logra identificar las librerías a la distancia o cuando encuentra que sí tiene tiempo para desviarse y visitarlas, para caminar sin prisa por sus angostos pasillos repletos de libros viejos, para detenerse y revisarlos uno por uno, buscando una idea, una inspiración o un párrafo que le cambie la vida. Cuando compra un libro pensando más en el autor o en la librería que en sí mismo; o cuando decide regalar uno rindiéndose a su corazonada de que se trata del mejor regalo posible. Cuando escucha con atención a los escritores que admira y los considera afortunados. Cuando se da cuenta de que disiente, imagina y piensa en forma de historias. Cuando sospecha que la felicidad tiene la forma de un cálido salón enmaderado, con una biblioteca, una mesa, una buena silla y luz, mucha luz. Lo sabe, en resumen, cuando necesita entenderse, realizarse y compartirse, y se sienta frente a la hoja en blanco aunque duela, aunque las palabras no salgan, a pesar de la ansiedad que lo carcome por dentro.

Sí, lo sabe. Pero por alguna razón, no lo ve. Considera, acaso, que no es posible ser un escritor, como no es posible ser un astronauta. Un escritor, después de todo, no es una persona, sino un concepto, una idea. Una de las partes necesarias de un libro, como el título. Un nombre que debe escribirse en la tapa y, adentro, ampliarse con una foto y una biografía. Los escritores, en definitiva, no existen. Son abstracciones, como sus producciones, y no es posible serlo para una persona normal (como si él fuera una persona normal). Ser escritor pertenece a otra categoría de la existencia, a otra vida diferente de la suya, inaccesible. Entonces, como siempre, la realidad le muestra lo que por comodidad preferiría no ver. Conoce a otros escritores, tan de carne y hueso como él; imperfectos, frágiles, llenos de problemas y conflictos. Y un día, que al comenzar promete ser igual a los demás, todo cambia sin aviso y de manera inexplicable, de un modo limpio y claro... lo ve.

Y cuando lo ve, no lo acepta. Porque puede ser que ame las letras, los libros, la capacidad movilizadora de los pensamientos y los sentimientos puestos en palabras sobre el papel. Y también puede ser que los escritores sean seres humanos que dudan y se quiebran. Pero no cree que todo eso sea suficiente para sumergirse en su naturaleza y convertirse en un motor de la literatura, en alguien a quien otros leerán. Considera inviable dejar atrás la versión gris y opaca de su ser para convertirse en un escritor, es decir, él mismo en colores. No se imagina enfrentando los abismos de su alma, ni sus oscuridades, ni la paciente tarea de transformar todo eso en palabras o de juntar el coraje necesario para sacarlas a la luz. Más concretamente, no imagina su nombre en la tapa de un libro, ni mucho menos en miles, ni a los lectores llenos de ilusión acariciando y oliendo sus páginas. Pero por fin le da un corte a esa incapacidad de soñar tan ajena y se pregunta ¿por qué no?... ¡¿por qué no?!

Y cuando lo acepta, no cree en sus condiciones. Porque no cualquiera, como él, es capaz de destacarse entre miles, entre millones, como si ello definiese lo que es un escritor o, más aún, un buen escritor. Piensa en Borges, en Hesse, en Wilde, en tantos otros, y se desmorona, porque los sabe inalcanzables. Pero también logra vislumbrar que no tiene por qué ser ellos, ni como ellos, ni como nadie. Tiene otras cosas para decir, con otras palabras, con otros silencios, con otra desesperación. Solo necesita ser fiel a sí mismo. Y con ello, quizás y si realmente importa, logre

conmover a un puñado de personas que serán las importantes. Reconoce que la mayoría de los escritores consagrados lo aburren hasta el hartazgo, hasta la imposibilidad de leer una página más. Debe haber un error en el mundo de la literatura o, visto de otro modo, una oportunidad. Encuentra fortuna en esa decepción, en esa fe densa y profunda que lo desafía a hacerlo mejor. Y así como siente y concede sin excusas que nunca será bueno para la música, para cocinar, para arreglar una casa, ni, en verdad, para casi nada, también siente y admite con justicia que tiene condiciones para unas pocas cosas. Ni siquiera tantas, solo dos o tres. Y escribir es una de ellas. Un don a través del cual puede justificar su existencia, contribuir al mundo, servir a los demás. Porque una persona no puede ser mala para todo. Y él ya es bastante malo para todo lo demás.

Y cuando finalmente cree en sus condiciones, siente que ya es demasiado tarde. El tiempo perdido es tan imprescindible como irrecuperable. Si alguna vez tuvo una oportunidad, la ha desperdiciado. La suerte está echada y no vale la pena volver a empezar (como si contara con la posibilidad de volver hacia atrás, como si hubiera llegado a algún sitio). Todo lo que podría haber aprendido, crecido artísticamente o, en general, experimentado, se ha ido para siempre (como si pudiera ser de otra forma, como si lo efectivamente vivido careciera de valor). Ahora cree en sus condiciones, pero también las considera incapaces de prescindir de ese tiempo postergado, escurrido, que podría haber sido la diferencia necesaria. No contempla que volcarse a las letras sea el paso que sigue y no un nuevo comienzo. Prefiere concentrarse en lo que no ha tenido, en sus supuestos errores y en otras excusas reconfortantes a la hora del abandono y la resignación. Ya es demasiado viejo, resulta preferible vivir en paz, como hasta ahora (como si eso fuera vivir en paz). En la antesala de la capitulación, repasa los grandes autores de la historia que comenzaron muy jóvenes: Rimbaud, Kipling, García Márquez. Pero su sentido del equilibrio (o su fuego interior que se resiste a ser apagado) también le trae a los tardíos, a los que comenzaron mucho después: Cervantes, Twain, Defoe. No es, después de todo, una cuestión de tiempo, sino de aceptación y entrega. Los límites no están en su realidad, sino en los frágiles razonamientos de sus miedos.

Y cuando entiende que no es demasiado tarde, le gana el miedo a exponerse. Teme a la incomprensión, a la crítica, al rechazo. ¿Quién es él, acaso, para volverse un escritor? ¿Quién es él para exponer sus ideas, sus sentimientos, sus miedos, de ese modo tan extraño, tan rudimentario o tan aburrido? ¿Quién es él para levantar la cabeza, para asomarse a la libertad, para no traicionarse? Teme, sobre todo, no estar a la altura de las expectativas, comenzando por las propias (como si quedarse en la quietud de la medianía lo estuviera, como si rindiéndose al temor pudiera encontrar satisfacción).

Y cuando ha sometido a los grandes fantasmas de sus miedos, todavía hay una nimiedad que lo detiene: cree necesitar un editor. Lo abrumba imaginar el trabajo de conseguirlo y se desanima, porque es un proyecto en sí mismo, una completa pérdida de tiempo, un infierno burocrático. Y él odia la burocracia. Y aunque no lo sepa, la odia porque es un escritor, no un burócrata. Entonces se siente desalentado, otra vez, y cree que jamás conseguirá un editor. Confía en su trabajo, pero no confía en los editores. O, quizás, todavía le teme demasiado al rechazo. O al fracaso (como si su vida fuera un éxito, como si no intentarlo lo pusiera a salvo de un resultado).

Alguien que trata de ayudarlo le acerca un libro autoeditado. Lo abre y la primera página del libro lo golpea: «A los que hacen». No se siente, todavía, parte de ese universo. El golpe es fiel a su naturaleza y le llega, le duele, pero también lo despabila y lo obliga a ver las cosas de otra manera. El destino se vuelve ineludible, otra vez (como siempre, aunque decidamos

ignorarlos), y logra ver con claridad que si algo no necesita un verdadero escritor, si algo no necesita una vida, es un editor.

Y cuando descarta al editor, cree que aunque escriba nunca podrá llegar a tener un libro. Porque no tiene idea de cómo se hace uno, ni una diagramación, ni un diseño. Nunca ha impreso algo, ni siquiera un panfleto. Nunca ha tratado con imprentas, ni se ha adentrado en sus plantas, ni ha encargado un proyecto de impresión (lo cual agiganta esas tareas y parece convertirlas en extraordinarias). Nunca ha vendido nada, y mucho menos su arte, lo cual le parece una idea espantosa. ¿Cómo podría vender su angustia, sus horas de desvelo, su corazón? Entiende, entonces, su equivocación. No es su arte lo que está a la venta, sino una simple copia, una muestra imprescindible que le permite abrirse al mundo y ejercitar la noble tarea de compartir.

Y cuando cree que puede, entonces puede. Y no solo sabe que es un escritor, sino que además lo es. Y no solo puede imaginarse escribiendo cada día, sino que se despierta por la mañana y enfrenta los abismos de su alma, sus oscuridades, la paciente tarea de transformar todo eso en palabras, al tiempo que cultiva el coraje y la templanza para sacarlos a la luz. Y por supuesto que duda y que debe convivir con la frustración, pero persiste y las líneas fluyen, lenta y trabajosamente. Y no solo se imagina su nombre en una tapa, sino que lo ve con sus propios ojos en el libro que sostiene entre sus manos. Y ya no solo se imagina a los lectores llenos de ilusión acariciando y oliendo sus páginas, sino que los tiene justo frente a él. Y sin que hubiera podido jamás imaginarlo, ellos lo miran a los ojos y, con profunda emoción, se lo agradecen.

Una aventura miserable

La mañana era soleada y fresca. Todo era feliz, o al menos así lo recuerdo hoy. Tomé el tren en la estación más cercana a mi casa. Mi recorrido habitual finalizaba en la estación terminal, pero ese día me bajé en una intermedia que conectaba con el subte, como para hacer algo diferente. El cambio cumplió su cometido con creces, casi con exageración.

Hacía años que no viajaba en subte y la verdad no me sentía demasiado feliz de volver a hacerlo. No solo debido a mi preferencia por los trenes (es decir, por las ventanas, por la luz, por la ausencia de escaleras), sino también porque la novedad entorpecía mi rutina. Pero esa era justamente la idea: buscar un poco la incomodidad. Con la concentración que exige lo nuevo, o lo olvidado, compré mi tarjeta, la introduje en la máquina y pasé. Pensé en lo irónico de la existencia de escaleras mecánicas cuesta abajo, mientras me dejaba transportar por ellas, apacible, como un burgués. Estaba perdido en estos pensamientos estériles cuando comenzó la acción.

El subte había llegado, mientras las parsimoniosas escaleras no se daban por enteradas. Adicto a los desafíos, decidí que llegaría a tiempo a pesar de ellas, a pesar de todo.

Correr el tren siempre había sido siempre uno de mis ganatiempos preferidos. Era también un humilde entrenamiento urbano. En la estación cercana a mi casa, la carrera comenzaba desde la calle e incluía cruzar la plaza, subir escaleras, cruzar el puente, bajar escaleras, subir escaleras hasta el andén y saltar dentro del tren. En otra de las estaciones, a la que solía llegar con un amigo, el desafío era similar, pero incluía una corrida inicial de unos cien metros y la coronación de un ganador. Por supuesto, la carrera encerraba un riesgo y hasta una irresponsabilidad. Pero vamos, hay que ponerle un poco de emoción, aunque sea inútil y artificial, a la monotonía de la vida moderna, la cual tampoco rebalsa de utilidades ni de verdades.

La carrera no sería diferente con el subte, era solo una cuestión de profundidad. Bajé apresurado por las escaleras, a los saltos. El timbre sonó y las puertas comenzaron a cerrarse; no llegaría. Aún así lo intenté y, sin pensar, me lancé hasta el final. Las puertas se cerraron sobre mí y quedé atorado entre ellas, a mitad de camino. Estaba a un paso del éxito. Y de la muerte, aunque eso todavía no lo sabía. Inferí de mi experiencia con los trenes que las puertas se reabrirían de un momento a otro. Pronto descubrí que estaba equivocado.

Las puertas no solo no se reabrieron de manera automática, sino que tampoco lo hicieron con el desesperado empuje de mis manos. De nada sirvieron las palancas de mis brazos ni, mucho menos, la completa indiferencia de todos los pasajeros. Los miré: me observaban fascinados pero inmóviles. Instintivamente, decidí de qué lado quería estar. Con más habilidad que fuerza, logré destrabar el cuerpo llevándolo hacia afuera. Movimientos giratorios, casi de baile, me permitieron liberar la rodilla primero y el tobillo después. Ya solo quedaba atrapada la figura femenina de mi pie derecho, a la altura de su cintura, entre las dos puertas implacables que insistían en cerrarse del todo. Me sentí un poco culpable de que mi conducta imprudente fuera a retrasar a los demás pasajeros, seguramente ansiosos de llegar a sus trabajos. Deberíamos esperar hasta que alguien viniera a abrir esas puertas autómatas que solo sabían cerrarse. Una vez más mis pronósticos fallaron, como fallan casi siempre.

Nadie ni nada reabrió las puertas. El subte soltó sus frenos y esta vez no solo vi como se deslizaba sobre sus rieles, sino que además lo sentí en mi propio cuerpo. Se movió ligeramente

hacia atrás y luego hacia delante. No sé bien por qué, pero no me desesperé. Con una extraña calma me deshice del lastre de mi mochila para moverme sin estorbos. Para tratar de salvarme. Mi limitada fuerza de estudiante de ingeniería fue inútil, reabrir las puertas resultó imposible. Mi pie atascado estaba a punto de emprender viaje, junto a mi pierna y sin mí, en dirección al centro de la ciudad. En una fracción de segundo vi mi futuro negro, con muletas o en silla de ruedas, tal vez auxiliando o —por qué no— extorsionando automovilistas, con la ayuda de un trapo naranja. En el caso de sobrevivir, claro.

Como la realidad, las puertas apretaban con determinación. Con todo el empeño que la situación requería y con el vagón en movimiento, logré sacar el pie de la zapatilla, la cual ni siquiera se movió un poco. Al menos mi pierna estaba a salvo, ¡no moriría ni extorsionaría automovilistas después de todo!

Sin demasiado tiempo para festejar, tomé la zapatilla con las dos manos y tiré. El subte me arrastraba hacia adelante a medida que ganaba velocidad, mientras yo intentaba oponerle resistencia clavando mi pie descalzo y mi otra zapatilla en el sucio y resbaladizo piso del andén. El juego de fuerzas llevó mi torso hacia adelante hasta que quedé tirado, boca abajo, y no tuve más remedio que soltar mi presa. Estaba tan desparramado como derrotado, a varios metros de mi mochila, observando desde allí como mi zapatilla me abandonaba, quizás para siempre. La escena me trajo a la memoria a mi última novia.

Al menos no estoy muerto, pensé. Me senté y miré hacia ambos lados, un tanto aturdido y desconcertado. Supe que nunca más usaría botas ni calzado ajustado, aunque afortunadamente no lo hacía ni tenía planeado hacerlo. También supe que cuando fuera viejo y cascarrabias, muchas personas desdichadas con botas y calzado ajustado escucharían esta historia. Para ser sinceros, todos escucharían esta historia. A menos, claro, que hiciera de mi vida algo verdaderamente interesante y tuviera cosas mejores que contar.

Me levanté del piso. Debido a mi libertad deficiente, lo primero que hice fue chequear si había alguien presenciando la escena. Optimista, me creí afortunado de que únicamente fueran todos los pasajeros del andén de enfrente; con los vagones de por medio, quizás ni siquiera habían visto cómo me había arrastrado por una zapatilla. Los pasajeros de mi andén, así como los que viajaban dentro del subte, sí habían visto todo, pero ya se habían ido, así que no me importaban. Aun así, los imaginé mirando la zapatilla durante todo el trayecto, con la puerta todavía semi-abierta, riendo pero temerosos de tocarla, como presenciando el brazo ¿muerto? de un exterminador. ¿Qué habrán hecho al llegar a la próxima estación y ver que las puertas se abrían? ¿Gritar tal vez?

Me sacudí con aire casual, sugiriendo a través de mi lenguaje corporal que nada había ocurrido y que no había nada que ver. Ya podían volver a sus teléfonos. Caminé rengueando hasta la mochila y advertí lo ridículo que me veía con una sola zapatilla, así que me saqué la que aún llevaba puesta y la guardé; gracias a eso, me sentí más cómodo y simétrico. Sin tiempo que perder (una evidente exageración), me concentré en mi próximo desafío, un tanto más humilde que poner a salvo mi vida: recuperar la zapatilla extraviada.

Decidí acudir al representante de la empresa más cercano, a menudo conocido como «el de la boletería». Mi relato despabiló su estado de zombi. Como un reflejo, miró sin ganas mis pies —los cuales respaldaban mis palabras sin fisuras—, rio como desacostumbrado y luego se disculpó. Me envió a hablar con sus colegas, quienes estaban «por allá arriba»; tuve que pedirle más detalles, pues yo no vivía en ese inframundo y no conocía sus recovecos. Cuando los encontré, reaccionaron de la misma forma, pero luego de las risas desataron un frenético

operativo para recuperar mi zapatilla.

Me senté junto a ellos y aprecié cómo los llamados iban y venían. Luego de un rato, la atractiva joven que lideraba el operativo se acercó, puso una mano sobre mi hombro y con voz realizada me dijo «la encontramos, está a dos estaciones, sana y salva». Invaso por la emoción, apreté los labios y bajé la cabeza. Luego, casi quebrado, la miré a los ojos y la abracé todo lo que pude.

Caminé descalzo hasta el andén que hacía instantes me había visto derrotado. Como cada día, decenas de personas que ignoraban lo ocurrido esperaban el subte. Miraban hacia el lado desde donde vendría la próxima formación, como buscando acelerar su llegada. Muchos de ellos percibieron mis pies liberados, tanto en el andén como dentro del subte; con la insistencia que delata el aburrimiento, me señalaban con gestos cómplices e intercambiaban sonrisas pícaras. Me limité a simular no darme cuenta de nada.

Aproveché el viaje para reflexionar. Comencé reconociendo mi insensatez, sobre todo al confiar en el sistema de seguridad del subte. Resultaba increíble cómo el mecanismo de cerrado de puertas podía arrancarle la pierna o la vida a una persona, sin que nadie lo notara. Pero lo más sorprendente de todo había sido la apatía y alienación de los pasajeros que no habían movido ni un dedo para ayudarme, con la excepción del anónimo que había rescatado la zapatilla viajera dos estaciones más tarde. Una vez más, el entretenimiento había derrotado a la solidaridad. Por cierto, ¿cómo había logrado la zapatilla viajar no una, sino dos estaciones? ¿Qué había ocurrido en la estación intermedia, cuando las puertas se abrieron?

Bajé en la estación indicada y fui en busca del guardia, como me había recomendado la líder del operativo. Me imaginé al pobre hombre diciéndome que no sabía nada y no tenía la menor idea de qué le estaba hablando. Entonces yo, tomándolo por las solapas y empujándolo contra la pared, lo zamarreaba de un modo feroz y le exigía a los gritos que confesara dónde estaba mi zapatilla. Por suerte, la escena de las solapas no fue necesaria. Al ver que me acercaba, el guardia ejecutó la serie de actos reflejos que a esta altura ya era costumbre: me miró los pies, sonrió y se disculpó por hacerlo. Otro más que tendría algo para contar a la noche en la mesa. Me pidió que lo siguiera hasta un pequeño cuarto y, una vez allí, me entregó la preciada zapatilla. Luego, me dio una palmada en la espalda y me deseó suerte.

Me calcé la zapatilla y, no sin decepción, me sentí de regreso en la normalidad. Como uno más, como si nada hubiera ocurrido, continué mi viaje hasta la facultad. La aventura ya estaba por terminar.

Entré muy tarde al gran salón amaderado donde la clase de álgebra estaba próxima a terminar. Todos me miraron con desdén, excepto la profesora, quien lo hizo con desaprobación. Pero nadie vio al renacido, al hombre que acababa de torear con la muerte ni, mucho menos, al hombre que había recuperado su zapatilla. Yo también los miré con desdén, por no reconocermelos, pero mientras subía las escaleras rumbo a mi asiento me di cuenta de que yo tampoco los veía. No veía sus esperanzas ni sus frustraciones, las cuales no les impedían estar sentados allí, todos iguales, tratando de entender algo de lo que crecía en ese pizarrón infernal. De repente, todo (la calle, el subte, el aula, etc.) me pareció una enorme ficción, tan evidente como inevitable.

Me senté junto a mi querido amigo Germán y me mimeticé con comodidad en aquella superficie. Quince minutos después la clase terminó y él, fingiendo interés, me preguntó acerca de mi retraso. Suspiré recordando la pequeña odisea y, visiblemente molesto, le respondí cortante: «No se preocupe amigo, como diría Dolina (1), solo se ha tratado de una aventura miserable.» (2)

Notas del editor (es decir, también yo):

(1) «Pidamos a nuestros conocidos que refieran los hechos más curiosos que han vivido. Los resultados serán entre aburridos y penosos. Alguien quedó encerrado en el ascensor durante una hora. Otro dice haber ganado un jarrón en una kermesse. Un tercero obtuvo un boleto capicúa. Se trata de aventuras miserables. Los griegos pensaban que las cosas ocurrían solo para que los hombres pudieran contarlas luego. Si esto es cierto, el futuro de nuestras conversaciones es poco prometedor. ¿Qué les contaremos a nuestros nietos? ¿Que una vez vimos un choque? ¿Que se nos reventó un sifón?» Alejandro Dolina, en sus «Instrucciones para buscar aventuras».

(2) Algunas de las personas presentes en el lugar aseguran que el protagonista nunca dijo tales palabras y que, en cambio, refirió la historia completa de lo ocurrido con lujo de detalles.

Yo también soy Messi

Tuve la suerte de conocer a Leonardo Pérez hace varios años, los cuales eran pocos hace mucho y serán muchos dentro de poco. El acercamiento ocurrió mientras compartíamos un torneo de fútbol 8 que se jugaba en una de las miles de canchas de tierra que siembran el conurbano bonaerense. Él era una de las estrellas de ese pequeño torneo anónimo, donde los jugadores pagábamos para participar, vestíamos nuestra camiseta con orgullo y trabajábamos largamente cada partido durante la semana. Su historia, reconstruida y pulida por mí, es la siguiente:

Mi nombre es Leonardo Pérez y soy un completo desconocido. Serlo no me disgusta en absoluto, no veo ningún inconveniente en ello, pero sí me lleva a preguntarme sobre la fama, sobre cuánto de nosotros, los desconocidos, hay en aquellos que sobresalen. Y cuánto de ellos en nosotros. Porque yo también soy Lionel Messi. No, no quiero decir que puedo jugar como Messi, ni siquiera estoy cerca de hacerlo. Simplemente creo que no hay que ser alguien, ni como alguien, para ser parte de él.

Es posible que solo tenga dos cosas en común con Messi: ser zurdo y haber compartido con él el equipo de las inferiores de Newell's, durante los torneos de 1998 y 1999. Ese equipo era conocido como La Máquina '87. Teníamos doce años y yo era apenas un olvidable lateral izquierdo. Lo inolvidable, en cambio, fue mi misión en ese equipo: nada más ni nada menos que frenar a Messi durante los entrenamientos. Esa consigna, tan simple como ambiciosa, creció en mí hasta convertirse en una razón de ser que iba mucho más allá de una mera cuestión deportiva.

La claridad de esa misión trajo a mi vida una tranquilidad y una satisfacción que nunca antes había experimentado. De repente, todo se ordenó de una manera muy natural y los aspectos no relacionados a Messi pasaron a ocupar un lugar secundario. Mi familia, la escuela y hasta mis amigos dejaron de interesarme más allá de lo cotidiano. Por momentos me sentía egoísta, pero más tarde comprendí que la entrega plena de mi ser terminaría por dejar algo también en los demás. Mi determinación de parar a Messi beneficiaría, a fin de cuentas, a mi equipo y a sus seguidores.

Mi padre, quien también es Messi, supo desde un comienzo que yo nunca podría jugar como Lionel, algo que tampoco iban a poder hacer mis compañeros ni los demás jugadores del torneo. Pero también supo que, con su ayuda, yo podría ser capaz de contenerlo. Muy pronto, mi obsesión por lograrlo se convirtió también en la suya, en nuestra pasión compartida. Mi padre se entregó por completo a su vocación de entrenador y dedicó cada uno de sus minutos libres después del trabajo a ayudarme. Como lo había hecho siempre, siguió acompañándome a cada uno de los entrenamientos, pero además organizó sesiones individuales, en las cuales los dos conversábamos y practicábamos sobre la base de los análisis que él había realizado. Se dedicó a estudiar de manera sistemática a Messi, mirando videos que lograba recolectar o filmar con su propia cámara. También se dedicó a estudiar la posición del lateral izquierdo, mirando horas de videos sobre esa posición. Por último, buscó conversar con los técnicos de Rosario a su alcance a fin de nutrirse de su experiencia. Como yo, mi padre estaba radiante, motivado, feliz.

Mi madre, quien en algún punto también es Messi, seguramente se sintió postergada, pero su generosidad le permitió encontrar su propia felicidad en la nuestra y, aun sin entender del todo

nuestra obstinación, nos ayudó todo lo que pudo con la calidez desinteresada de su compañía.

Mi padre llegó a vislumbrar que no era posible detener a Messi de un modo aislado, individual, por lo que sumó a su análisis a los jugadores que me rodeaban, es decir, el arquero, el marcador central izquierdo, el volante central y el volante izquierdo, en cualquiera de sus variantes. Comprendió que el carácter puede (y debe) ayudar a suplir las carencias técnicas y me instó a convertirme en el capitán de facto de ese sector defensivo del campo, incorporando a mis compañeros a nuestro sistema mediante la persuasión que siempre genera el ejemplo. Para lograrlo, debía desplegar un juego leal y noble, respetuoso de compañeros y rivales, y, sobre todo, no rendirme jamás.

Mis compañeros de aquella época, quienes también son Messi, se fueron sumando a mi propuesta de juego, más por carencia de alternativas que por convicción o deseo. Con paciencia, didáctica y determinación, fui derramando sobre ellos la propuesta de juego que mi padre había concebido. Partido tras partido, fuimos mejorando nuestra capacidad de controlar a un Messi desorientado, a quien la frustración iba cercando paulatinamente.

Nuestro técnico, quien también es Messi, se percató muy pronto del duelo de clase mundial que se había gestado en aquel rincón anónimo de Rosario, entre Messi y los cinco defensores del lateral izquierdo liderados por mí. Con sabia percepción, decidió no obstaculizar el desarrollo de esa batalla tan inclemente como silenciosa, disponible a la vista de cualquier espectador con un poco de sensibilidad futbolística. Un enfrentamiento que elevaba el nivel de juego cada partido un poco más. Messi también comprendía, pero no podía encontrar la manera de quebrar esa defensa obcecada, determinada a no permitirle desplegar su juego. Y sobrellevaba su impotencia en silencio y soledad, como siempre.

Así fue como logramos anularlo por completo, casi sin dejarlo respirar. Eso no impedía — de hecho, lo acentuaba— que durante los partidos oficiales explotara y se volviera implacable, como también lo hacía nuestra austera pero infranqueable defensa. Los impresionantes resultados de Messi en esos partidos dejaban en un segundo plano su fracaso en los entrenamientos. El técnico decidió sostener esas dos caras del fenómeno que tantos resultados producía en la tabla de posiciones. Los grandes adversarios del entrenamiento se convertían en una formidable combinación durante los partidos oficiales.

La tensión llegó a su fin cuando Messi pidió al técnico, de manera abierta y franca, jugar por su lateral izquierdo durante los entrenamientos. El técnico, con desgano pero comprensivo de la situación, accedió al pedido del jugador que nunca pedía nada y estaba siempre listo para dar. El cambio de posición le permitió recuperar en los entrenamientos el mismo brillo que lograba en los partidos oficiales, durante los cuales continuó jugando por su lateral derecho, su posición favorita, desde la cual podía enganchar hacia adentro y buscar el disparo implacable de su pierna izquierda.

La nueva situación fluyó sin sobresaltos y de a poco todo, incluyendo el éxito, se volvió predecible. Como ya se esperaba desde hacía tiempo, ganamos el campeonato. Mis sentimientos eran encontrados; por un lado, la profunda satisfacción de saberme ganador del subterráneo contrapunto con Messi y la felicidad teórica de haber ganado el campeonato junto a él; por el otro, la tristeza de quedarme sin imposibles, sin un ardor que me creciera en el pecho cada mañana.

Conseguido el campeonato, el equipo comenzó a ser desmembrado, como suele ocurrir con los equipos argentinos que ganan. Y Messi partió a España para jugar en el Barcelona.

Sin un Messi que vencer, mi juego comenzó a declinar hasta volverse completamente gris.

Contagiado por mí, mi padre también perdió el entusiasmo, pues los nuevos rivales no exigían estrategias, ni estudios, ni videos. Después de todo, como dicen los poetas, la luna necesita del sol para brillar. Mi deseo de estudiar en la universidad, combinado con una persistente lesión en mi rodilla izquierda, logró llevarme al abandono del fútbol profesional seis años después.

Hoy miro a Messi por televisión, en la Selección, en el Mundial, y tengo la satisfacción de sentir que también me estoy viendo a mí mismo; que soy una parte real, sobre todo necesaria, de sus victorias y de sus derrotas. Cuando Messi logra quebrar una defensa, siento que lo hace gracias a que una vez tuvo que hacerlo con la nuestra. Y que si no puede hacerlo, es porque nosotros no lo estimulamos lo suficiente. Porque todo lo que hacemos, lo hacemos también para los demás. Todos los que alguna vez hemos jugado al fútbol en Argentina somos, también, Messi. Porque ni Messi, ni Maradona, ni Distéfano, ni ninguno de los grandes de cualquier campo, caen del cielo.

Cómo elegir un regalo

Regalar es una de las cosas más lindas de la vida. Sin embargo, elegir un regalo no es una cuestión trivial. Y no porque se trate de una actividad compleja, sino más bien debido a nuestra ignorancia sobre su naturaleza, sus fines y sus medios, es decir, porque no sabemos nada acerca de los regalos. Pocas veces nos preguntamos con seriedad por qué hacemos un regalo, lo cual no es extraño: no nos cuestionamos acerca de nuestras vidas, menos vamos a hacerlo por un regalo.

Pero entonces, ¿por qué hacemos un regalo?, ¿qué buscamos con esta extraña tradición? Como en todos los campos, existen muchísimas opiniones al respecto, pero solo dos de ellas sobresalen. Estas dos posturas nuclean a las grandes mayorías y son, además, falaces.

Centrado en el que recibe

La primera postura sostiene que debemos hacer regalos que sean del agrado del que los recibe. Una facilidad, casi un lavado de manos. El razonamiento es el siguiente: Pepi quiere este objeto; yo se lo regalo a Pepi; luego, Pepi me quiere.

Este enfoque tiene varios problemas. Quizás el más grande de ellos sea creer que sabemos lo que Pepi quiere, cuando lo más probable es que ni siquiera él lo sepa. Esto desmorona todo el razonamiento posterior y nos deja indefensos, en la más absoluta soledad de criterios. Pero eso no es todo.

Un regalo guiado por los deseos del otro encierra una completa renuncia a la sorpresa, parte fundamental de un buen regalo y también de una vida que valga la pena. Por supuesto, no se trata de aparecer frente al agasajado con regalos absurdos, demenciales, que efectivamente lo sorprendan pero que también lo aterroricen, sino de incluir en la elección misma el mensaje de que hemos pensado en el otro más allá de las convenciones.

Si nos restringimos a lo que el otro quiere o ha pedido, entonces nos convertimos en una olvidable fuente de ingresos extraordinaria, en un simple registro ubicado en la columna del haber. Y pocas cosas son más tristes en el universo que ser una anotación en la columna del haber. A los ojos del otro, únicamente le hemos ahorrado un gasto ya previsto, como también lo hubieran hecho cien pesos encontrados a la vuelta de la esquina.

En esta línea van los regalos temerosos que son entregados junto a la frase «puede cambiarse». Error. A la hora de elegir un regalo, es imprescindible quemar las naves. Si puede cambiarse, entonces el regalo no es único, es intercambiable, no es significativo. Da igual. Desde ya, no es válido esconderse detrás de los talles de la ropa y ese tipo de contratiempos que deberíamos haber previsto mucho antes. Porque si algo delata la frase en cuestión es que no nos hemos ocupado lo suficiente y, en definitiva, que no nos importa. Por eso, para remarcar esta idea son preferibles frases alternativas, como un moderado «no puede cambiarse». O un más audaz «no hay ninguna chance de cambiarlo», acompañado por una expresión solemne y la quema en vivo de la bolsa/ticket.

El caso extremo de esta forma de ver el mundo consiste en regalar dinero. Estudios de prestigiosas universidades han demostrado que esta es la forma más eficiente de hacer un regalo. Y yo digo, además, que es la peor de todas. Después de todo, estamos haciendo una demostración de afecto y no optimizando una fábrica.

Seamos honestos, nadie puede querernos simplemente porque le regalemos un producto o,

peor, algún dinero (o un comprobante de transferencia bancaria). Y Pepi no nos recordará nunca por ello, no solo por todo lo que acabamos de exponer, sino también porque el regalo carece de elementos que nos representen y nos fijen en su retina emocional.

Centrado en el que da

El razonamiento anterior abre camino a la segunda postura. En un enfoque casi opuesto sostiene que el regalo debe identificarse inequívocamente con el que regala, ya que de otro modo se transforma en mera mercancía. Por lo tanto, no importa que Rolo haya perdido sus piernas en aquel fatídico accidente, estos zapatos me representan así que ahí van.

Este enfoque resuelve el problema de la identificación, pero no contempla el caso evidente de que Rolo jamás tendrá oportunidad de recordarnos, ya que difícilmente pueda beneficiarse de nuestros zapatos, a menos que los exponga en la biblioteca del living.

Es sabido, además, que el regalo no solo produce satisfacción en quien lo recibe, sino también en quien lo da. Por eso, a la hora de regalar nos sentimos satisfechos y muchas veces incurrimos en gastos que ni siquiera consideraríamos para nosotros mismos. Sin embargo, hay límites que no deben cruzarse. El placer de regalar se limita al hecho mismo de hacerlo y no contempla el uso personal de los regalos que hacemos a otras personas, es decir, es importante no abusar de la noble costumbre de hacer regalos. Por ejemplo, sería francamente deplorable que usemos los zapatos que le hemos regalado a Rolo.

Centrado en la relación

¿Qué hacemos entonces? ¿Es necesario entrar en pánico, perder el control y desatar tragedias? Por fortuna para todos, la respuesta es no. La solución, claro está, no consiste en los extremos ya analizados de regalarle a Pepi lo que desea o regalarle zapatos a Rolo. Ni tampoco en los extremos opuestos. No. La solución, como casi siempre, puede encontrarse en la síntesis de las dos posturas disponibles.

No se trata de centrar el regalo en la persona que da, ni en la que recibe, sino en el vínculo especial y único que las une: la relación entre ellas. La propuesta consiste en sumergirse en la historia común y buscar los momentos clave que hicieron que nuestras almas se encontraran. ¿Hemos aprendido algo juntos? ¿Hemos logrado algo trabajando codo a codo? ¿Hemos superado alguna dificultad apelando a nuestras solidaridades? Es muy posible que en esos momentos encontremos las conexiones que estamos buscando y a partir de allí logremos encontrar la esencia de lo que nos une y, luego, del regalo que buscamos. El fin último del regalo debería ser, entonces, fortalecer esa relación, contemplando sus particularidades.

En esa línea de pensamiento, una excelente idea para potenciar nuestro regalo sería hacerlo con nuestras propias manos. Una artesanía, una pintura o una canción de propia autoría irían al fondo de la cuestión. Es muy recomendable tener cierta destreza en el arte escogido para elaborar el regalo ya que, de otro modo, en lugar de fortalecer la relación la bastardearemos.

Para finalizar, me gustaría aclararles que mis ideas sobre los regalos no deberían condicionarlos a la hora de hacerme uno. Mi análisis estricto sobre el tema tiene como único objetivo la búsqueda de la verdad y no la evaluación de los regalos que recibo. De hecho, en cuanto a regalos, siempre he preferido las menospreciadas imperfecciones del dinero.

Un relajado amor de primavera

«*Ahora que nos besamos tan despacio...*»
Joaquín Sabina

Hacía mucho tiempo que nos conocíamos, aunque eso significara muy poco a la hora del amor. Nuestra historia era la de un puñado de chispazos que no llegaban a conformar una relación de las que tienen un nombre. Quizás cada uno de esos chispazos llegó a tenerlo, pero fue tan efímero y tan diferente a los demás que, mirados a la distancia, todos juntos se veían como una nebulosa indefinida.

Largas pausas de descanso, de aventuras o de amor verdadero separaban nuestros encuentros, los cuales se acercaban y se alejaban en el tiempo como dos helicoides cruzados. Y en cada desencuentro, nuestras vidas corrían el riesgo de divergir para siempre, de una vez por todas. Pero no lo hacían. Teníamos la extraña costumbre de pensar en el otro, inclusive (o tal vez, especialmente) a la distancia, aunque por diferentes razones. Ella siempre buscaba mi amistad, lo único que yo no estaba dispuesto a darle, nunca. En cambio, yo quería tener algo profundo con ella, lo que fuera, pero no una amistad.

En cada uno de los cruces que nos deparaba el destino, nos aproximábamos con lentitud y desconfianza, tanteándonos, buscando con delicadeza la forma de amalgamarnos, algo que casi nunca ocurría. Entonces, conscientes de que no hablábamos el mismo idioma ni había un camino con lugar para los dos, nos abandonábamos con naturalidad, sin reclamos ni rencores, hasta la próxima vez, cuando nuestra aversión a los finales nos condujera a un nuevo reencuentro.

Los meses pasaron y, casi olvidado, el reencuentro llegó, de memoria, como llegan las estaciones. Nos examinamos las palabras, los gestos y las miradas para comprender si algo había cambiado durante todo ese tiempo distanciados y si algo significativo ocurriría o, por el contrario, deberíamos posponerlo todo una vez más.

Me recibió en su casa con poca ropa, como de costumbre. Había perdido peso, lo suficiente como para que se lo mencionara, pero mantenía su belleza rubia y atlética. Estaba estresada aunque en etapa de recuperación, debido —cuándo no— a una frustrada historia amorosa de notables similitudes con la mía. Y no solo por la frustración. La situación se presentaba como una oportunidad de reencontrarnos desde una nueva perspectiva.

Ella me percibió más abierto y despreocupado, pero no lo asoció a mi desinterés ni supo que estaba allí más por tradición que por deseo. Agotado por mi última relación, no disponía de las energías necesarias para una batalla amorosa. Así se lo dije y fui un paso más allá: decidí compartirle todo sobre mi propio desengaño, cuya simple rememoración me sumía en una visible angustia. Lo hice sin reservas y, por una vez, fue ella quien tuvo que escucharme. Desparramé sobre su pecho mis palabras cargadas de dolor. Ella se acercó y acarició con sus manos las todavía sangrantes heridas íntimas de mi corazón desahuciado.

Habíamos estado en el sillón todo el tiempo, pero al finalizar mi historia ella estaba mucho más cerca, casi encima. Nuestra conexión sentimental había renacido y nos aproximaba a los relámpagos dorados que, alguna vez, habían formado parte de nuestro fragmentado pasado. Todo lo cual, en virtud de su amor por lo impredecible, no significaba nada.

Como intuyendo mi invocación a sus giros inesperados, me contó que muy pronto volvería

a su país, Canadá, tras varios años de vivir en Buenos Aires. Deseaba regresar a «probar suerte» aunque, por si acaso, no desarmaría los cimientos de su vida porteña, hechos de muebles y documentaciones. Una vida que siempre había dicho despreciar, pero que nunca se había decidido a abandonar del todo. Como si persistir en un infierno, que ni siquiera era el propio, fuera una mejor alternativa. Como hacía a menudo, me ignoró por completo cuando le adelanté que se iría para siempre, pues nadie se va a probar suerte a su propia tierra. Además, con seguridad encontraría un canadiense manso y razonable que le ahorraría para siempre las pesadillas del amor rioplatense.

En el fondo, ella también lo sabía y la nostalgia se apoderó de sus ojos, los cuales se humedecieron sin ceder. Su pena me permitió a abrazarla con ternura, sin segundas intenciones, como ella decía preferir. Así lo percibió con su extraordinaria sensibilidad y lo agradeció sin palabras, refugiándose aún más junto a mí. El abrazo se extendió, desatento, hasta que sentí que el espíritu amistoso había llegado demasiado lejos.

—Parece un gran momento para dejar de lado esta otoñal demostración de amistad y reflatar nuestro viejo ideal de un «amor de primavera» —le dije con una sonrisa cómplice, en una esperada embestida que hacía honor a nuestra historia.

—Tu viejo ideal de «amor de primavera» —me corrigió en un tono que me invitaba a avanzar, mientras jugaba conmigo, golpeándome las costillas.

—Es cierto. Pero este año tengo acá—puse una mano sobre mi pecho y la miré— una nueva versión, mejorada...

Ella me miró con sus ojos muy azules que realzaban la transparencia de su alma inocente, tan predispuesta al amor cuando era puro. Acompañé el cierre de sus ojos con una caricia y le conté los detalles de todo lo que me imaginaba para los próximos tres meses, en un desordenado entusiasmo que distaba bastante de ser un plan.

Yo también había cerrado los ojos. La noción del tiempo y de su presencia se me había escapado, mientras le compartía en voz alta las andanzas que nos estaban esperando. Concentrado en los detalles de algún sueño que visualizaba con especial minuciosidad, me sobresaltó sentir sus labios humedeciendo mi boca, quizás pidiendo un poco de silencio. Se alejó un instante, me miró hasta el fondo y me besó de nuevo, lenta y apasionadamente, sin prisas, en una fusión que fue creciendo hasta ocupar toda la noche.

Durante las semanas que siguieron, la realidad se las ingenió para rebasar los límites de lo que había imaginado. La primavera, siempre hermosa en Buenos Aires, se convirtió en nuestra principal aliada, con sus verdes brillantes, sus jacarandás animados y su calor inmaduro. Un escenario ideal para el amor despreocupado en el que nos sumergimos sin amarras.

Con nuestras bicicletas, recorrimos decenas de nuevos lugares, muchos de los cuales ni siquiera yo conocía. Partiendo de algunas ideas generales, el número de visitas posibles se multiplicó hasta exceder lo que nos permitiría la frontera del verano. La improvisación nos sentaba bien y dejábamos que fueran los semáforos o la densidad del tránsito los que nos condujeran. Nada importaba demasiado. Los viajes tomaron el lugar de lo trascendente y las paradas se volvieron meras circunstancias.

La espontaneidad de los itinerarios delineó un vivo retrato de nuestros placeres. Su amor por la pintura y mi obsesión por lo público confluyeron en el arte callejero como nuestra vaga guía a la hora de deambular por la ciudad. Nos volcamos a la búsqueda y contemplación de las muchas pinturas que la enriquecían, con sus fiestas de colores e ideas. Casi siempre salíamos por la tarde y merendábamos en alguno de los bares notables, donde la resistencia al tiempo se

demostraba posible. Nos sentábamos de lado y, entre risas, nos bromeábamos al oído. Hacia el final de la primavera (y de todo), con la sombra del verano acechándonos, la noche nos sorprendía y buscábamos refugio (y sobre todo comida) en alguno de los entrañables bodegones porteños, esos viejos almacenes que habían terminado por convertirse en restaurantes.

El final inamovible ensanchaba un presente que se había hecho costumbre. Nos movíamos libres y livianos, sin anclas. Por primera vez en años, mi tiempo transcurría más lento y la muerte daba la impresión de alejarse. Los horarios se desvanecían, mientras los días (y las noches) se dilataban con la delicadeza de lo imperceptible. Nuestra habitación sin relojes se convirtió también en una habitación sin tiempo. Hacer el amor se volvió un descanso, una conversación sin motivos, una no-espera. No había un mañana condicionante, excepto por la liberadora certeza del final definitivo. Con prepotencia, habíamos decidido posponer el futuro.

Pero el final llegó y no fue mejor por haberlo previsto. Creímos con arrogancia poder rebanarle a la dicha su otra mitad inseparable, la tristeza. Ingenuos, pretendimos amar sin sufrir. Y ya nos habíamos amado demasiado cuando ella se fue, para siempre, a Canadá.

El fin de los nombres científicos

*«Tengo una prueba verdaderamente maravillosa para esta afirmación, pero este margen es demasiado estrecho para contenerla»
Pierre de Fermat*

Cuando asistí a la Feria de Aves de Sudamérica (San Martín de los Andes, 2010), el encuentro de avistadores de aves más importante del hemisferio sur, nunca imaginé que mi intervención desde el público daría comienzo al final de los nombres científicos. O eso es lo que creo y pretendo que todos crean, abusando de la siempre limitada información disponible. Tampoco imaginé que hoy, siete años más tarde, decidiría empujar ese final haciendo uso de la literatura.

Durante los meses que siguieron, mi intervención aquel día se transformó en el Sistema Universal de Identificación de Especies (SUIE). Un sistema que no llegó, en todo este tiempo, a ninguna guía de avistaje de aves, a ningún libro de biología, ni a ningún lado, a pesar del apoyo recibido por parte de las máximas autoridades ornitológicas de Argentina y Brasil. Mucho menos, claro, logró un alcance internacional, sobre todo porque los padres del avistaje de aves, los ingleses —en palabras de los ornitólogos latinoamericanos— jamás aceptarían, ni mucho menos adoptarían, un cambio de paradigmas proveniente del hemisferio sur.

Debo admitir, eso sí, que hice muy poco para que algo de todo eso ocurriese. Para ser más preciso, no hice casi nada. La razón es muy simple: el tema no me ha interesado lo suficiente como para ponerme en movimiento y cumplir con los pasos formales que la ciencia demanda. La sola idea de perseguir biólogos o realizar un trabajo científico sobre el tema me genera una inmanejable sensación de desmotivación y aburrimiento, sin dudas originada en mi falta de vocación científica.

Es así como, ahora que soy escritor, he resuelto llevar el SUIE al terreno de las letras. Tal vez sea la literatura el motor que lo impulse en lugar de la investigación científica, las redes de influencias o la persistencia encarnizada. Caminos que, además de fastidiarme, se encuentran superpoblados.

Se hace necesario, entonces, reconstruir los sucesos que tuvieron lugar durante aquella Feria. Como de costumbre, muchos detalles ya se han escapado de mi memoria, pero voy a hacer un esfuerzo por recordarlos. O, al menos, por inventarlos.

Sí recuerdo, por ejemplo, que fui en micro hasta San Martín de los Andes desde Buenos Aires, en un viaje que duró más de veinte horas. Por desgracia, no era la pasión por las aves lo que me había llevado tan lejos, sino la gris responsabilidad de estar a cargo de la difusión digital del evento. Y, especialmente, la conveniencia de haber sido invitado. Debo recalcar que a una organización excelente y al cálido trato personal recibido, se sumó la belleza patagónica y el privilegio de compartir el evento con amigos cercanos.

Si hay una comunidad de personas dulces, amigables y apacibles, esa es la de los observadores de aves. Mezcla sabia de biólogos, ornitólogos y aficionados, en general con tiempo libre, amor por la naturaleza y posibilidades materiales de viajar. Una combinación tan tierna, tan carente de oscuridad, que hasta genera suspicacias. ¿Tienen estas personas (y todas las personas) un costado nebuloso, prohibido? ¿Por qué no puedo siquiera vislumbrarlo en ellos? ¿Lo esconden deliberadamente? ¿Explotarán en cualquier momento?

Mis interrogantes no detuvieron el inicio de la Feria, cuyos eventos planificados en la agenda comenzaron a hacerse realidad. Leí el programa y una de las charlas-debate del día siguiente llamó mi atención, ya que se insinuaba relevante para los alcances de mi formación profesional, la Ingeniería en Informática. Decidí que asistiría.

Llegué al evento con unos minutos de sobra, sin sentimientos precisos. El salón era amplio y desbordaba de gente. La comunidad de avistadores estaba realmente interesada en el tema o tal vez carecía de alternativas mejores. Cuando la charla-debate comenzó, el problema fue planteado con claridad por la máxima autoridad ornitológica de Brasil.

A pesar de mis limitaciones generales y mi frágil memoria, buscaré describir el problema de la manera más simple posible, contando con que los biólogos taxonomistas, de ser necesario, sabrán perdonarme.

Cuando una especie de aves es cambiada de género, se produce un conflicto entre el viejo nombre de la especie y el nuevo género. Como referencia conceptual, una familia agrupa géneros y un género agrupa especies.

El nombre oficial de una especie viene dado por un nombre científico. Por ejemplo, el nombre científico de la paloma es *Columba livia*. A grandes rasgos, lo mismo ocurre con todos los seres vivos, desde un helecho (*Pteridium aquilinum*) hasta el ser humano (*Homo sapiens*).

Un nombre científico está compuesto de dos partes. La segunda, llamada epíteto específico, es relativamente arbitraria y define la especificidad de la especie. La primera, llamada género, puede ser compartido por una o varias especies que tienen en común ciertas características; por ejemplo, el género de la paloma (*Columba livia*) es *Columba* y es compartido por unas treinta y cuatro especies. Es en esta primera parte donde se concentran los problemas.

Cuando una especie es cambiada de género, quizás debido a un nuevo descubrimiento, se presenta un conflicto entre el viejo nombre (anclado en el género) y su nuevo género. Supongamos, para ser brutales, que descubriéramos que las palomas sí son, después de todo, ratas aladas. Si nos limitáramos a mover la paloma (*Columba livia*) al nuevo género (*Rattus*), tendríamos un contrasentido semántico, ya que la primera parte de su nombre, *Columba*, no tendría relación alguna con el nuevo género, *Rattus*. Lo que harían los ornitólogos, entonces, es cambiar el nombre científico de la especie a algo como *Rattus livia*.

Oficializado el cambio de nombre, todos los libros, informes y documentos hablando sobre esta especie quedarían desactualizados, dando lugar a una gran cantidad de micro-problemas, confusiones y conflictos semánticos. El planteo, entonces, consistía en cómo resolver esta cuestión.

Luego de años estudiando la Ciencia de la Información (es decir, la Informática), una posible solución al problema me resultó evidente desde el primer momento. Llevado por la habitual equivocación de creer que los demás pueden ver las cosas como uno, supuse que el público también la vislumbraría con rapidez. El debate se volvió intenso, largo y, a mis ojos, lleno de colores. Las personas participaban con entusiasmo, proponiendo las ideas más extravagantes. Cuando por fin me di cuenta de que el debate iba para largo, fui en busca de una bebida y unas deliciosas galletas.

Solo hacia el final, cuando el debate estaba demasiado atascado y la solución que yo tenía en mente ni siquiera amagaba con aparecer, levanté la mano para hacer mi aporte.

—Hola a todos, me llamo Javier. Estuve escuchando las intervenciones con mucha atención. Algunas me parecieron sumamente... originales, aunque equivocadas. La verdad es que estoy acá de casualidad. No sé nada de aves, ni de avistaje, ni de biología. Tal vez eso sea lo

que me permite visualizar el problema y una posible solución con claridad. Es que, tristemente, soy Ingeniero en Informática. El problema planteado es un caso típico de «problema de identidad»; déjenme contarles qué significa esto. Todo código de identidad, como un documento nacional de identidad, debe necesariamente cumplir con dos principios: no repetirse y no cambiar. Tanto si tuviéramos códigos repetidos como si estos tuvieran la posibilidad de cambiar, nos resultaría muy difícil cumplir con el objetivo de la identificación. El nombre científico, por más anciano y querido que sea, no cumple con ellos, más específicamente con el de no cambiar. ¿Por qué no? Porque cuando una especie es cambiada de género, esto lleva también al cambio de nombre, lo cual viola el principio de no cambiar. Quiero ser muy claro en este punto: si durante el primer año de la Facultad de Ingeniería, ante el problema de definir un código de identidad para las especies, yo propusiera algo como el nombre científico, automáticamente sería evaluado con un cero y, además, sería difamado con justicia por elegir el idioma latín muerto para mi código. La forma más universal y práctica de evitar este problema no es utilizar el latín muerto para el código de identificación, ni el inglés, ni grandes tablas, ni sistemas informáticos, como algunos sugirieron, sino los números. Los códigos de identificación correctos y exitosos están basados en números, como los documentos nacionales de identidad, eventualmente combinados con letras sin significado, como las patentes de los automóviles. Que los números y las letras del código de identidad no tengan significado es importante para evitar conflictos ante eventuales cambios de categoría, como ocurre con el género en el caso de las especies. En resumen, la solución consistiría en reemplazar los nombres científicos por códigos numéricos, o alfanuméricos, sin significado. El nombre científico puede haber significado un avance hace doscientos cincuenta años, pero a veces el valor de una tradición no resulta suficiente para sostener una equivocación que genera problemas.

Ya hacia el final de mi intervención, los murmullos ganaban volumen y se habían vuelto notorios. Tuve que levantar la voz para terminar y, cuando lo hice, los contenidos sentimientos del público estallaron. La mitad del público explotó en un aplauso, mientras se daba vuelta para mirarme de un modo sonriente, aprobatorio. La otra mitad me abucheaba y me mostraba sus rostros desencajados, enrojecidos, mientras me gritaba cosas que no entendía o no recuerdo, levantando las palmas o sus dedos índices. «¡Traidor!», gritó alguien desde muy atrás; eso sí lo recuerdo.

Cuando la multitud se aplacó, un hombre de unos cuarenta años tomó la palabra. Tenía barba, el pelo largo y un innegable corazón romántico. Estaba enfervorizado y me señalaba mientras hablaba.

—Los que amamos las aves no vamos a permitir que venga alguien como vos a convertir la naturaleza en fríos números. ¡Las aves no son un producto!

Como tantas veces en la historia, la mitad que no había entendido bramó de satisfacción por las hermosas palabras del Barba y las acompañó ruidosamente con aplausos y exclamaciones de apoyo. La otra mitad simplemente reía y comentaba la situación. Tomé la palabra una vez más.

—No se preocupen, no vengo a convencerlos de nada. Simplemente, estaba sentado acá escuchando y dado que el problema no se resolvía, me pareció una buena idea compartirles mi propuesta de solución. Tampoco pretendo convertir a las aves en productos, cosa que no podría hacer aunque quisiera. Así como no los llamo a ustedes por sus DNI, tampoco propongo que llamemos a las aves por su código de identificación, ni que cuando salgamos a avistar aves digamos «mirá Barba querido, allá va volando un 18»; aunque algunos quizás sí lo hagan, como

lo hacen ahora con los nombres científicos. La solución no va a cambiar en nada la experiencia actual de avistaje, ni el amor por las aves, sino que va a aportar un código de identificación sin los problemas que ustedes mismos estuvieron describiendo. Su uso puede limitarse a los aspectos formales o científicos, sin necesidad de importunar a los aficionados que, por cierto, ya están bastante importunados siendo expuestos al latín muerto. Y lo más importante, no soy ni biólogo, ni observador de aves, ni quiero serlo —hubo un nuevo abucheo—... lo que quiero decir es que no tengo ningún interés particular en esta solución que, les guste o no, resuelve el problema planteado. Ustedes pueden hacer con ella lo que quieran.

Un nuevo tumulto se apoderó de la sala y, de hecho, dio por cerrado el evento, el cual ya se había extendido mucho más allá de lo previsto. Las personas se pararon y se acercaron, tanto para felicitarme como para repudiarme. Yo estaba sorprendido por las repercusiones de mi intervención.

Entre las personas que se acercaron al finalizar el evento estaba el organizador de la Feria, quien me invitó a presentar mi propuesta de solución en la Feria del año siguiente. No encontré razones para declinar la invitación, así que una vez más me dejé arrastrar por los acontecimientos y le dije que sí.

En efecto, el año siguiente expuse nuevamente en la Feria, en esa ocasión desde el frente de la sala, ante un público mucho menos poblado e interesado. Lo más destacable fue la participación de una de las máximas autoridades ornitológicas de Colombia, cuyo mayor aporte fue burlarse de mí y de mi propuesta durante toda la presentación, sin siquiera intentar comprender lo que yo estaba diciendo. Como ya me había acostumbrado a hacer, le remarqué que yo no tenía ningún interés especial en imponer mi propuesta y que si deseaba hablar de ideas ridículas, podíamos profundizar en el uso del latín muerto para un código de identificación.

Así fue como la segunda de mis Ferias pasó sin pena ni gloria para el SUIE, cuya vitalidad se fue diluyendo hasta el día de hoy, el cual lo encuentra a un paso del olvido. Un destino quizás imposible, ya que lo inevitable carece de la capacidad de extinguirse.

El fin de los nombres científicos comenzó aquel día, en San Martín de los Andes, pero todavía está lejos de terminar. Solo el tiempo dirá si la Literatura puede lograr lo que la Ciencia de la Información, con sus razones, no ha podido.

Querida Julia

Querida Julia,

estuve leyendo tu cuento con suma curiosidad y atención. Hacía bastante que no leía algo escrito por alguien de nueve años. Posiblemente, la última vez que lo hice fue cuando tu papá todavía era joven, estaba en forma y tenía ideales. Dios mío, ¡fue hace muchísimo tiempo!

Antes que nada, te felicito por la iniciativa de escribir, una de las formas de pensar. ¿Pensar para qué? Para entender. ¿Y entender para qué? Para actuar. Espero que nunca pierdas la espontaneidad de hacerlo, ni la frescura de tus ideas, ni la libertad para compartirlas. El mundo necesita de inspiración, de perspectivas, y siempre habrá alguien ansioso de conocer las tuyas.

La verdad es que las fotos que saqué de tus hojas, para leerlas después, no salieron del todo bien y me resultó difícil entender algunas palabras, pero me quedó claro el concepto general. Eso es, después de todo, lo importante. Mucho más preocupante hubiera sido el caso inverso, bastante usual en los días que corren.

Te felicito, entonces, por no dejar que la esencia de tu relato sea contaminada por discusiones secundarias, detalles innecesarios o, peor aún, rencores personales. No solo porque distraerían a los lectores de las cuestiones principales, sino también porque pondrían en duda la consistencia, profundidad y credibilidad de tus palabras.

También es para destacar tu coherencia —la cual seguramente heredaste de tu mamá— en la historia, la estructura y las ideas. Ideas que lográs presentar de manera sutil y amable, lo cual es muy bueno, ya que la claridad no tiene por qué traducirse en brutalidad. La autenticidad, el ingenio y la belleza son, casi siempre, vehículos mucho más potentes para penetrar en el alma de los demás.

Encontré en tu cuento ideas interesantes y me pareció muy positivo que las organices por capítulos. Esto ayuda al lector a comprenderlas mejor y también a volver sobre ellas más adelante. Muchos escritores se jactan de no pensar en sus lectores cuando desarrollan su obra. Yo creo que si tenés algo para decir, entonces debe importarte que sea comprendido.

Por supuesto, pensar en los lectores no significa alterar tus ideas, sino buscar la forma de compartirlas con ellos de la manera más clara, natural y genuina posible. No se trata de complacerlos, sino de ayudarlos a ver lo que estás tratando de decirles.

Me gustaron mucho algunas ocurrencias, como la de «los renos charlaban animadísimos», la cual me llevó a imaginar una banda de renos extrovertidos y gritones riendo a carcajadas. También me gustó el capítulo cuatro, de tan solo seis palabras, porque si algo sobra en este mundo son capítulos interminables.

Tu estilo joven, directo y desprejuiciado fue como un futuro refrescante soplando sobre un presente repleto de lugares comunes, rodeos y artificios. Me pone muy feliz que tu esfuerzo personal haya logrado sobreponerse a la vara rectora, muchas veces inevitable, de los genes paternos.

Aprovecho para sugerirte que le pidas a tu papá que te compre un cuaderno decente en lugar de darte fichas de salud en blanco, posiblemente robadas de la clínica. Si bien esas fichas mal habidas pueden ser una buena idea para trabajar en un borrador, un cuaderno es una forma mucho más consistente de presentar la versión final de tu cuento. Si él no accede a realizar esta pequeña inversión —lo cual no me extrañaría—, no dudes en avisarme y yo mismo te regalaré

uno.

Otra idea que podés experimentar consiste en tipear la historia en la compu, para lograr una mayor claridad de lectura por parte de los demás y para jugar a ajustar la redacción con mayor facilidad. Dado que tu papá sabía algo de computación en un pasado remoto, cuando no tenía más remedio que ganarse la vida haciendo algo útil, confío en que podrá enseñarte a utilizar el procesador de textos. Si eso fuera pedirle demasiado, podés sugerirle el editor básico de notas. Con el texto pasado a la compu, además, vas a poder compartirlo vía email o publicarlo en un blog para que otras personas puedan leerlo.

Me alegra, también, que te guste mucho leer. Me parece un muy buen hábito y espero que lo sigas haciendo, aunque sin exageración, ya que no se trata de convertir la lectura en entretenimiento (a menos que lo tengas perfectamente claro), en una forma de no pensar, sino en una fuente de ideas y perspectivas que complementen las tuyas. Especialmente si querés continuar escribiendo. En ese caso —es casi obvio decirlo—, me parece importante que le dediques más tiempo a la escritura que a la lectura. Y más tiempo, antes, a la reflexión y al desarrollo de tus propias ideas.

Podría seguir extendiéndome en observaciones sobre tu escrito, la escritura y la literatura, pero no siempre más es mejor.

Te mando un beso y te deseo lo mejor.

Juanma

El maestro



*«Permanece inalterable sentado en el bote de pesca,
por más violentos que sean las olas y los vientos»
Refrán chino*

Todo se había vuelto un contador en aquel lugar. Y la pizarra electrónica del metro indicaba que todavía faltaba un minuto para que llegara la próxima formación, una eternidad para muchos de los que estaban allí. Shanghai era enorme, el doble de grande que Buenos Aires. Teniendo solo unos pocos días, el metro era la mejor manera de recorrerla. Como a menudo, era recomendable apartarse de las mayorías y tomar el metro fuera del horario pico, cuando viajar se volvía tan imposible como en cualquier otra gran ciudad, a pesar de la desesperada frecuencia que el sistema ofrecía.

Me sentía vacío, agobiado, fuera de lugar, aunque no sabía bien por qué. Miré los alrededores del andén mientras el minuto pasaba y repasé con desgano el mar de publicidades que inundaba todas las superficies verticales. Chinos, sobre todo jóvenes, sonreían y posaban con una variedad interminable de productos de marcas mundialmente conocidas. Los chinos de carne y hueso que me rodeaban, en cambio, parecían inmunes y estaban sumergidos en sus teléfonos. Me pregunté qué había de chino en todo eso, además de los pasajeros y la escritura de los anuncios.

La formación llegó y todos subieron junto a mí, de memoria, sin dejar de mirar sus teléfonos. El metro sorprendía por su modernidad y eficiencia, como también lo hacían los trenes, sus estaciones y, en definitiva, toda la infraestructura, la cual era tan de primer mundo como el intenso ritmo de vida al que prestaba servicios. La mejor demostración de cómo China se estaba transformando a una gran velocidad.

En cualquier estación de trenes era posible ver cómo los ejecutivos chinos, y globales, hablaban en inglés por teléfono, mientras se cruzaban con los campesinos pobres, posiblemente del oeste, que arrastraban bolsas de granos u otras cargas similares. El contraste era impresionante, tanto en la vida real como en las estadísticas. La desigualdad se había apoderado de China. O, para ser justos, solo se había acentuado, además de montarse sobre una situación general que en términos materiales había mejorado para casi todos.

Era notable observar cómo el Estado chino se ponía al frente de su población, como una locomotora, y la arrastraba hacia adelante, hacia el progreso, si es que eso era el progreso. No solo por la calidad de los servicios que ponía a disposición de los ciudadanos, sino también por las campañas de educación ciudadana que se desplegaban para su correcta utilización. Por ejemplo, eran constantes las indicaciones de no fumar ni escupir dentro de los trenes.

Serían las diez de la mañana, así que pude encontrar un lugar para sentarme sin inconvenientes. Los chinos a bordo seguían atornillados a sus teléfonos, mirando videos, jugando o chateando. Los miré con atención, buscando descubrir qué había detrás de esos rostros concentrados y cómo debía ser el milagro que lograra interrumpirlos. Estaban en otro mundo, muy lejos de mí.

Mi primer paneo fue interrumpido por la mirada curiosa del pasajero que tenía sentado justo enfrente. Lo estudié por un segundo, con supuesto disimulo. Tendría unos cincuenta años,

aunque resultaba difícil acertar la edad de los asiáticos. Había algo decididamente diferente en él, pero no pude identificar qué era. Vestía con normalidad y tenía un pequeño libro en su mano derecha. No era la primera vez que los chinos me miraban con interés, hasta con simpatía diría. Además del pasajero en cuestión, nadie más me llamó la atención, excepto una chica tan atractiva como inaccesible: tenía auriculares, miraba su teléfono, probablemente no hablaba inglés y, por sobre todas las cosas, no mostraba el menor interés en mí.

Miré el mapa del metro, exhibía una monstruosa red de estaciones. Increíble pensar que pocos años antes nada de todo eso existía. Los ojos insistentes del pasajero sentado frente a mí volvieron a interrumpirme con sus inquietudes, con sus insatisfacciones. ¿No podía acaso viajar tranquilo, sin tener que mirarme? Opté por sonreírle y eso lo complació porque acentuó su sonrisa. Le sostuve la mirada por un segundo y luego seguí indagando en los chinos ausentes que colmaban el metro.

La tercera vez que lo descubrí mirándome ya no pude ignorarlo, así que le dije «hola», en español. Volvió a sonreír y me devolvió el saludo, supuse que en chino, porque estábamos en China y todos parecían chinos. Lo que me dijo, sin embargo, era demasiado largo como para ser un simple «hola». Casi con seguridad me dijo algo como lo siguiente:

—Hola, por fin me saludaste. Te estuve observando desde que entraste. Parece que todo esto te resulta muy curioso. ¿Qué es lo que tanto te llama la atención?

—Y... la verdad es que no me dejabas muchas alternativas —le hablé con tono de reproche, amparado en la inescrutabilidad de mi español—. Ocurre que las personas no me entienden. Y menos los chinos. Así que pienso bien antes de comenzar una conversación, aunque ya comencé a aceptar que a veces ese entendimiento resulta secundario. Quizás este sea uno de esos casos. Parecés más sociable y observador que los demás. Con relación a tu pregunta, estaba pensando en el metro, es muy veloz y silencioso. Casi opuesto al lento y ruidoso subte de Buenos Aires.

—Bueno, no importa lo lento que vayas, mientras no te detengas. Estamos demasiado apurados yendo a ninguna parte. Acepto, eso sí, la parte de silencioso —rio solo—. El silencio es un verdadero amigo que nunca traiciona. Me llamo Kong, provengo del estado de Lu, no lejos de Beijing—me dijo, mientras estiraba la mano para estrechármela. Me gustaron sus palabras, aunque era claro que Kong no conocía nuestro subte.

—Yo soy Juanma, de Argentina. Muchos conocen mi país por Messi, el jugador de fútbol —le dije para ahorrar tiempo, ya que en China, por lo general, nadie tenía otras referencias ni la menor idea adicional sobre Argentina—. Para ser honesto, pensaba más en los pasajeros que en las bondades del metro shanghaiano. Me impresiona cómo todos están hiper-conectados —los señalé con mi cabeza y mis ojos. Kong me miraba con verdadera atención y, siguiendo mi gesto, así lo hizo con los demás.

—Es cierto, tenemos una obsesión con la tecnología. Es una herramienta útil, hasta que se convierte en una adicción. Pero es la adicción el problema y no la herramienta. ¿Cuál es el vacío que buscamos llenar con esa adicción? No me opongo a estos dispositivos como fuente de entretenimiento durante el viaje, pero prefiero otras actividades como la conversación, la reflexión o la lectura. No es fácil viajar junto a nuestra conciencia durante dos horas todos los días. Sin embargo, el verdadero problema viene más tarde, cuando llegamos a casa y tenemos el mismo comportamiento junto a nuestra familia y amigos. Nuestros hogares corren el riesgo de desintegrarse en la incomunicación. Y una sociedad es el fiel reflejo de lo que ocurre en sus hogares.

—Bueno, creo que eso está ocurriendo en todo el mundo.

—Entonces el problema es más grande. Más que el entretenimiento que nos provee la tecnología, me preocupa su significado profundo: un medio y un símbolo de consumo. Un fin equivocado—lo decía con tranquilidad, como quien describe una realidad, y no con molestia o ánimo de queja—. Hemos hecho del consumo nuestra nueva actividad favorita y por eso los centros comerciales se multiplican. Nuestro trabajo y hasta nuestros sueños tienen un producto al final del camino. El hombre debería dedicarse a comprender quién es, cuál es su misión, qué es lo correcto, y esforzarse en hacerlo realidad. Y no en comprender qué es lo que va a comprar o a vender. La verdad no es acerca del confort, sino de la virtud.

Kong había ido hasta las profundidades mismas de la cuestión en un tiempo increíblemente corto. Y sin embargo, lo había hecho con una naturalidad admirable, sin exageraciones. Con paciencia, esperó mi respuesta.

—Sí, pude ver la fiebre consumista que estás describiendo... la ciudad reboza de tiendas, bancos y cadenas de comida rápida. Ayer estuve leyendo un artículo sobre el avance del consumo en China que me impresionó. Hablaba sobre el Día del Soltero, el día de comercio electrónico más importante de China, y cómo la fecha fue ubicada estratégicamente entre el Día Nacional de China y el Año Nuevo Chino, periodo durante el cual las ventas solían decaer. La elección no tuvo que ver, obviamente, con ninguna celebración de la soltería.

—Ya lo creo que no. No estoy muy informado sobre estos fenómenos, pero he escuchado que el Día del Soltero ha crecido de manera explosiva y se ha expandido a países vecinos, así que no deberías sorprenderte de tenerlo en tu país en pocos años—Kong hizo una pausa, como para reenfocar su discurso y salir de este tema puntual que evidentemente le incomodaba—. Ya que lo mencionas, y más allá del comercio electrónico, lo que ocurre con los solteros en China es muy particular. La «política del hijo único» ha traído mucha tragedia a millones de chinos. Primero a las mujeres que fueron cruelmente desechadas. Y luego a los hombres «sobrantes»; en la actualidad, esos hombres solteros tienden a caer en depresión o se mudan a los países vecinos donde tienen mayores posibilidades de encontrar una esposa. En este momento, la «política del hijo único» está cambiando, como tantas otras cosas. La economía se ha estado duplicando cada ocho años durante las últimas cinco décadas, un cambio radical para cientos de millones de personas. Esta verdadera revolución ha sido posible no solo gracias a los progresos materiales, sino también a nuestra docilidad para aceptar lo que se nos impone desde lo más alto del poder político, una mansedumbre social que ha sido cultivada durante décadas, paradójicamente con el objetivo de ser utilizada en el sentido contrario. Da la impresión de que el capitalismo avanza en todas las sociedades, pero aquí fluye libre de ataduras, con todas sus fuerzas, sin contrapesos como la historia, la cultura o la religión. Hace muchos años que nos hemos quedado sin cultura, hemos olvidado nuestro pasado. Mucho peor que una realidad digna de lamento, es una equivocación. No deberíamos confundir nuestro riquísimo y milenarismo pasado con algo primitivo y anticuado, carente de valor, que se contraponen a la cultura occidental. Nuestras culturas podrían enriquecerse mutuamente sin perder sus propias esencias.

—Eso tiene mucho sentido. Lamentablemente, veo mucha influencia de lo peor de Occidente: el materialismo, el individualismo, la superficialidad. Un verdadero desperdicio, teniendo en cuenta todo lo bueno que Occidente tiene para ofrecer. Estos días me explicaron algo sorprendente, relacionado a la enseñanza del idioma inglés. Existe una gran demanda de profesores y muchos extranjeros vienen a vivir a China para cubrir esos puestos de trabajo. Les pagan muy bien, aunque solo bajo ciertas condiciones. Tenés que ser blanco y de un país

anglosajón para obtener el pago máximo, porque eso es lo que quieren y esperan los padres de los alumnos. Si sos blanco y de otro país, también, siempre que te desenvuelvas bien con el idioma o que falsifiques la documentación, como lo hacen jóvenes rusos o italianos. Pero si tenés rasgos físicos africanos, asiáticos o latinos, aun cuando seas nacido en un país anglosajón y el inglés sea tu primer idioma, entonces solo cobrás entre un cuarto y la mitad del pago máximo, si te contratan. Y si sos chino y profesor de inglés, por más bueno que seas, entonces ganás aún menos, quizás un décimo del máximo.

—Increíble, no sabía que eso estaba ocurriendo.

—Tengo otro caso para contarte. Ocurrió hace solo dos días en Suzhou, una ciudad cercana a Shanghai, famosa por su centro histórico, sus canales y sus tradicionales jardines chinos. Mi amigo no se encontraba en su casa cuando llegué y, un poco por azar, terminé en la casa de su vecino, a quien no conocía. Fumaba dentro de la casa y tenía un perro grande, blanco. Fue muy amable, me sirvió agua y hasta intentó comunicarse con algún éxito por medio de una aplicación en su teléfono que traducía nuestra conversación hablada. Solo cuando mi amigo llegó y ofició de traductor pudimos tener una charla más fluida. Luego de algunas conversaciones básicas, de presentación, sugerí algunas preguntas muy suaves sobre política, para las cuales no obtuve respuestas transparentes. Ambos se veían incómodos y me contestaban ambigüedades, a veces en forma de nuevas preguntas. Decidí cambiar de tema y, entre otras cosas, le pregunté al vecino cuáles eran sus jardines chinos favoritos, así yo podía visitarlos los próximos días. Me contestó que no le gustaban los jardines chinos. Lo aburrían y nunca, en toda su vida, había visitado ni siquiera uno de los más de cincuenta que había en la ciudad. Consternado, le pregunté entonces qué me recomendaba. Sin dudar, me respondió que debía visitar el nuevo centro comercial, cuyo edificio sorprendía por su modernidad; recientemente inaugurado, albergaba el centro de compras más grande de la ciudad y uno de los más grandes de China. Cuando lo miré mi amigo, me devolvió una mirada neutra, vacía. Era yo el que no comprendía. Agradecí su recomendación al vecino y le propuse a mi amigo que volviéramos a casa, pues ya era hora de preparar la cena.

Hice silencio y miré con incredulidad a Kong. El sí me comprendía. Bajó la cabeza y negó suavemente con ella, como tratando de entender. Los chinos del metro me observaban, pero desviaban la vista cuando los miraba a los ojos. Tras unos segundos de reflexión, Kong levantó la cabeza y prosiguió.

—Debo admitir, con tristeza, que estos casos no me sorprenden. Conozco muchos de ellos, inclusive entre personas muy cercanas. La novedad ha tomado el lugar de lo importante y hemos aceptado que la felicidad tiene la forma de lo moderno. Especialmente cuando se compara el presente con el pasado reciente, marcado por la necesidad y las privaciones: las épocas del Gran Salto Adelante y de la Revolución Cultural, del hambre, de los cupones de racionamiento o de la reutilización del agua en el mejor de los casos. Tengo la esperanza de que revaloricemos nuestras tradiciones cuando los excesos de la actualidad se conviertan en un nuevo componente de la normalidad. Las mejoras materiales no tienen por qué entrar en conflicto con nuestra cultura, ideas y costumbres. Aunque para ahorrarme disgustos, no quiero esperanzarme demasiado.

—Da la impresión de que esas mejoras son demasiado concretas como para ignorarlas. Al menos, para muchos de los que ahora viven mejor.

—Es cierto, muchas veces los más afortunados nos encerramos en una visión que prioriza nuestros conflictos y necesidades personales, o las teorías, o el largo plazo. Pero para millones de personas, las más pobres, la vida ha mejorado de una forma muy palpable. Ahora pueden comer mejor, vestir mejor, vivir en un lugar más grande y más limpio. Es un resultado difícil de objetar.

Yo mismo he padecido la pobreza durante mi niñez, cuando mi padre murió y mi familia quedó en una situación muy delicada. Esa experiencia tan dura es la que me ha ayudado a entender que, para la mayoría de las personas pobres, la cultura milenaria o las libertades políticas son conceptos demasiado abstractos.

—¿Pasa algo parecido con las libertades políticas? ¿Es la relativa libertad económica vivida como una libertad general?

—Así es. La libertad política casi nunca ha existido en China, al menos en los términos occidentales, y cuando existió fue más por aislamiento que por vocación o cultura. Quizás lo correcto sea decir que la concepción de libertad política ha sido siempre diferente aquí. Es la pobreza el mayor de los tiranos y por eso hoy reina la tranquilidad en China. Donde hay satisfacción no hay revoluciones. Pero cuando, tarde o temprano, las satisfacciones dejen de extenderse, tendremos problemas. A menos que el gobierno decida avanzar en una mayor distribución del poder político, así como lo ha hecho con la economía, lo cual exigiría una sabiduría que no sé si poseemos. Solo es necesario estudiar el pasado para entender por qué eso no ocurrirá con facilidad.

Kong hablaba con serenidad y también sabía escuchar, lo cual espesaba la fuerza de su discurso; hilaba sus palabras con paciencia y sabiduría a partir de las mías. Las personas a nuestro alrededor se mostraban cada vez más interesadas en nuestra conversación y sobre todo en sus respuestas. Lo miraban con creciente atención y hasta dejaban de lado sus teléfonos. La impresión de estar ante alguien fuera de lo común me llevó a interesarme más por los aspectos personales de su vida.

—¿Y vos quién sos, qué hacés?—le pregunté sin vueltas. Kong se mostró un poco sorprendido por el giro en la conversación que le proponía o por la frontalidad de mi pregunta.

—Digamos que soy un intelectual. Ahora me encuentro viajando, ofreciendo encuentros de reflexión sobre los conflictos entre la cultura china tradicional y la China moderna. Todavía hay personas que se interesan en estos temas—dijo con una ironía casi imperceptible. Mientras me contestaba, yo estudiaba su apariencia con detenimiento, buscando comprender a este personaje en su totalidad.

—¿Qué estás leyendo?—le señalé el libro. Lo levantó y me lo mostró, la tapa solo tenía caracteres chinos.

—Es un clásico de la literatura china, un libro sencillo y profundo, como la vida. La vida es muy simple, pero casi siempre insistimos en complicarla. Y es difícil encontrarse a uno mismo cuando nos distraemos. China tiene dentro de sí misma las respuestas a sus preguntas—su tono tenía un dejo de desconsuelo o de resignación. Kong condimentaba con sentimientos la sabiduría de sus palabras y eso le confería un magnetismo estremecedor.

—Tenés una buena respuesta para todo...—busqué levantarle el ánimo.

—Estoy muy lejos de eso. Solo intento que las pocas que tengo sean claras. Para ser honesto, tengo más preguntas que respuestas.

Ya había pasado casi una hora y estábamos por llegar a la estación en la que debía bajarme. Sentía pena de interrumpir esa conversación que me sabía a inconclusa. Pensé en pedirle a Kong su contacto, pero supe que no era su estilo. Descarté extender mi viaje para seguirlo, ya que me había comprometido con mis amigos y no quería defraudarlos. Le expliqué todo esto y le hice una última pregunta.

—¿Cómo hago para conocer la verdadera China?

—La verdadera China está al alcance de todos, reposa silenciosa en los tesoros de nuestro

pasado, en las palabras de los antiguos sabios de nuestra cultura. Pero solo a través del ejercicio de esa sabiduría es posible conocerla.

La respuesta me pareció concluyente, natural, verdadera. La asimilé por unos segundos y luego le extendí mi mano para despedirme. Fui hacia la puerta y, mientras esperaba que el metro se detuviera, vi como Kong continuaba la conversación con las personas que lo rodeaban. Cuando me bajé, quedé parado en un andén que era igual a todos los andenes, incluido aquel en el que me había subido. Pero ahora lo veía diferente.

Salí a la calle y también allí las cosas comenzaron a verse de otro modo. Mientras miraba los autos, las docenas de edificios en construcción, el frenético movimiento en todas las direcciones, mientras el ruido me invadía la cabeza y respiraba el humo y el polvo, me di cuenta de que no podría conocer ese lugar que tenía ante mis ojos.

Sí, me encontré con mis amigos y fuimos a ese museo y luego a ese templo, ambos repletos de turistas chinos que no paraban de sacar fotos a cada detalle, a cada rincón. Inclusive, me pedían sacarse fotos junto a mí, a lo cual accedí sin problemas, más por indiferencia que por cortesía. Mientras sonreía para esas fotos condenadas a desaparecer, mi cabeza estaba muy lejos. Por fin me di cuenta de que solo deseaba regresar a casa.

Cuando lo hice, fui directo a mi computadora. Conecté el VPN para eludir las restricciones del gobierno chino y tipeé en el motor de búsquedas «clásicos de la literatura china». Surgieron, incontenibles, los clásicos de la poesía, de la historia, de los ritos, de las primaveras y otoños, de la música. Los libros confucianos y taoístas. Las grandes novelas. No fue difícil darme cuenta de lo lejos que estaba de entender la tierra que se extendía, casi infinita en el tiempo y en el espacio, bajo mis pies.

La remisería*

**por Mariano Zubillaga, artista invitado*

Recién empezaba el primer año de la facultad cuando mi tío Rodolfo alquiló el local de Estrada y Villegas para abrir la remisería. A pesar de los muchos años de trabajos eventuales, changas de todo tipo y emprendimientos frustrados, Rodi no bajaba los brazos. Tenía una enorme resistencia al fracaso. «Un luchador, un busca», decía mi papá. Tampoco faltaron choferes que quisieran sumarse al staff del tío. Los noventa se estaban yendo y dejaban una economía agonizante. Había tantos desocupados como galpones vacíos, en una ciudad que es, según reza el cartel de acceso al partido de Gral. San Martín, la capital nacional de la industria.

Sin mayores reflexiones, yo también me sumé como chofer. No tenía otras opciones a la vista y mucho menos sabía cómo buscarlas. Cuando ahora, que ya me pienso viejo, recuerdo mis días de remisero, siempre sonrío, meneo la cabeza y digo bajito «qué hermoso este Tano».

Una tarde, a los pocos meses de abierta la remisería, Juan del Corazón de Jesús Macchiaroli entró al negocio.

—Buenas tarde, Jefe —le extendió la mano a Raúl, el más viejo de los cuatro—, me llamo Juan, pero me dicen el Tano. Quisiera la oportunidad de presentarme como chofer. Tengo experiencia de todo tipo y color. Me quedé sin trabajo hace sei mese y ya con mi señora y mis hijo nos estamos rascando la panza del hambre que tenemo. —Y se rascó la panza, sonriendo—. Manejo de toda la vida, manejo. Les traje unas faturita —Me apoyó una bolsita en el regazo y me sonrió—, porque siempre los veo tomando mate y me digo: Tano, qué lindo sentarte ahí... tranquilo... a tomar unos mate con los muchacho —Tomó de la bombilla de un mate imaginario—, sale un viajecito... a la vuelta están esperando las faturita... jugamo un truquito... charlamo. ¿Qué dice jefe? Tengo registro al día y el doce que está impecable. Con todo los papele eh... si uno no tiene plata pa pagar los papele tiene que venderlo el coche. ¿Qué me dice? —Y con una sonrisa enorme miró a Raúl esperando respuesta.

Rodi, que estaba sentado al lado de Raúl, ya había decidido tomarlo antes de que ofrezca las facturas. El Tano tenía cara de buen tipo, no había que conocerlo mucho para tomarle cariño. El tío Rodi se paró y le extendió la mano.

—El dueño de este humilde local soy yo. Me llamo Rodi, siéntese y tomemos unos mates.

El Tano, dándose cuenta de su error, se agarraba la cabeza y se reía a carcajadas.

—Perdonemé Rodi, lo que pasa que lo vi al señor en este sillón tan cómodo que pensé que el jefe era él, pensé. Además, discúlpeme si lo ofendo —le dijo a Raúl tocándole suavemente el hombro—, usted tiene pinta de ser el que manda. —Y me guiñó un ojo.

—Te dijo viejo, Raúl —dijo el Negro, otro de los muchachos—, se dio cuenta de que estás arruinado.

Todos reímos y el Tano decía que no, gesticulando enormemente con su dedo índice y juntando las manos en señal de disculpas.

—¡No les haga caso Raúl! —Insistía el Tano.

—No te preocupes pibe, las pavadas me entran por un oído y me salen por el otro.

Al día siguiente ya éramos cuatro, más el tío Rodi, los que trabajábamos de día. Cada uno tenía su lugar en la sala de choferes. El escritorio del tío, con el teléfono, agenda y anotadores varios, todo prolijamente ordenado. Un sillón de mimbre que donó la tía Greta, con almohadones

floreados, que usábamos el Negro y yo. Un viejo sillón de peluquero sin el cabezal, que sería para el Tano, y el cómodo sillón de Raúl que él mismo trajo de su casa.

Pastafrola en mano entró el Tano en su primer día de trabajo.

—Manda la patrona para ir tirando hasta el mediodía. A mí me gusta la de batata, viste. El membrillo me empalaga mucho, me empalaga. ¿A vo pibe cuál te gusta?

—A mí me gustan las dos, me parece.

—Y sí... yo a tu edá sabé lo que morfabá. Me comía hasta el hilito del paquete, me comía. ¿O no Raúl? Cómo se morfabá antes, eh ¿O no? Eh. ¿Se acuerda lo sanguche de chorizo que se vendían en la cancha de Chacarita? Un espectáculo. No me va a decir que usté es de Platense... ¿no?

—No Tano, cuando yo iba a la cancha de Chacarita vos todavía no habías nacido.

—Grande Raúl, yo sabía que no me iba a fallar.

—Ay, ay, ay —dijo el tío Rodi, mientras prendía el anafe para calentar el agua—, este Negro no cambia más, decí que es buen pibe. Me juego lo que no tengo que anoche se tomó hasta el agua de los floreros y ahora llega al mediodía con resaca. ¡Un martes a la noche chupando! ¿Qué me contás? Y ya tiene treinta pirulos, no es ningún pendejo.

El teléfono sonó. El tío atendió.

—Remises Rodi, buen día... ¿Cómo le va señora?... sí... bueno... ya se lo mando. Es un Renault doce, Juan se llama... que siga bien. —Cortó—. Dale, Tano, tu primer viajecito. Manejá despacio que tiene miedo esta mujer. Maipú 1871 y Saavedra, la cortada. La casa del medio.

El Tano se reía, jubiloso. Se emocionaba fácil. Se paró elegantemente, desfiló hasta la puerta, y saludó como un director de orquesta a su público.

—Nos vemo muchacho. Guárdemen un pedacito de frola. Uy... ahí viene el Negro. ¿Cómo te va nene? Me salió mi primer viaje, me salió.

—Te felicito Tano. Ando medio descompuesto, me cayó mal algo me parece. —Se apoyó en su hombro para subir el escalón de la puerta del negocio.

—¡Bueno! ¡A la cancha nomá! —Subió al auto y se fue.

—Calavera no chilla, pibe —le dijo Raúl al Negro—. Ahora, agua y ajo... sentate tranquilo y tomate un boldo antes de salir. Saliste flojito, ¡la pucha!

—Está bien Raúl... esta vez tenés razón.

Por aquellos tiempos, el barrio estaba sintiendo fuertemente la recesión económica. Aún joven y optimista como era, no podía escaparle a esa melancolía colectiva. No era plenamente consciente de lo que estaba sucediendo, pero me daba cuenta de que las familias de mis amigos, la mía propia o los amigos de la familia, estaban cada vez más apretados. Pero más allá de ello, se los veía tristes, angustiados, nostálgicos en el mejor de los casos. Como dice ese tango de Cadícamo: «todo el mundo está en la estufa, triste, amargo y sin garufa, neurasténico y cortao».

—¿Qué le pasa Raulito? Lo veo de capa caída... ¡arriba hombre! —dijo el Tano, y le alcanzó el mate.

—¿Qué me pasa, pibe? ¿No escuchaste el noticioso? Parece que no nos aumentan. ¡Que se mueran de hambre los jubilados! Cuarenta años trabajé como un negro y ahora, en lugar de estar en casa durmiendo la siesta, estoy llevando gente de acá para allá para no contar las monedas para el pan. Decí que por lo menos tengo el auto para laburar. ¡Qué lo parió!

—Bueno, Raulito, no se me aflija. ¿Pa qué quiere dormir la siesta? Además... no me puede negar que le damo amor... eh... Raulito... ¿o me lo va a negar?

—No se lo niego.

—Che, nene —me dijo—, vamo a jugar un truquito así le levantamo el ánimo a Raúl.

—Pero nos falta uno.

—Esperen un rato que está por caer Alberto, el chofer que empieza hoy —dijo el tío Rodi.

Al poco tiempo llegó Alberto. Quizás fue su manera de vestirse, extremadamente prolija, o su forma correcta de hablar o, sobre todo, su mirada perdida cuando se quedaba sentado escuchando las conversaciones más inverosímiles. Probablemente haya sido un poco de todas esas cosas las que hacían de Alberto un tipo extraño.

Una mañana, nos quedamos a solas con Alberto en el local. Yo estaba luchando con los apuntes de Sistemas Contables y no me había dado cuenta de que él me estaba mirando.

—Perdoná que te interrumpa, me pareció escucharte protestar con relación a la categorización del manual de cuentas. ¿Querés que te dé una mano?

—Sí, por favor —dije extrañado, pero le seguí la corriente para no incomodarlo—. No entiendo qué son las regularizadoras del activo.

—Bueno —comenzó—, las regularizadoras...

Con palabras muy claras, Alberto me explicó cómo funcionaban esas cuentas. Cuando le pregunté cómo sabía tanto, me respondió que tenía alguna idea por su trabajo anterior. Continuó con la explicación hasta que volvió el Tano.

—Epa, qué grande el profe. Yo sabía que usted se guardaba algo. ¡Qué fenómeno! Tenía pinta de intelectual.

El Tano se dio cuenta de que la situación estaba incomodando a Alberto. Yo también lo noté.

—¡Bueno, profe! Qué le parece si nos tomamo unos mate.

—¿Por qué no? —dijo Alberto—, yo pongo el agua.

—Te quedó «el Profe», Alberto —le dije—¿te molesta?

—No, no... preferiría «el Maestro», pero profe está bien. —Esta repentina ocurrencia le provocó una carcajada breve que lo hizo sonrojar.

—¡Viejo y peludo, nomá! No se me achica, un fenómeno. Pibe —me dijo el Tano—, ¿qué te parece si ponemo un peso cada uno y buscamo unos bizcochito? Tomá, dale, ¿te animá?

De a poco, y cuando no había nadie más, con Alberto comenzamos a tener conversaciones muy variadas. Hablábamos de economía, de política, de historia. Me gustaba escucharlo. Me resultaba sorprendente la precisión con que elegía las palabras. Si no estaba convencido, miraba al techo y decía en voz baja un sinónimo tras otro, meneaba la cabeza, fruncía el ceño, arrugaba la nariz, hasta dar con aquel que lo satisfacía. Aprendí mucho conversando con él. Un adulto interesado en mis opiniones... me parecía nuevo.

Una conversación con la gente del barrio, habitualmente consistía en una cátedra sobre cómo eran las cosas. Los años vividos, los trabajados y, fundamentalmente, la cantidad de gobiernos que los estafaron, les daban posesión, indiscutible, de la verdad. Algunos opinaban con respeto y humildad. Otros no admitían opinión ni comentario, sea a favor o en contra.

Era extraño ver al Tano evitar a alguien. Tenía una enorme capacidad de conversar con cualquiera, y hasta de pasarla bien. Pero a Don Román, el Tano no lo soportaba. Tampoco hablaba mal de él, simplemente lo ignoraba o salía a la calle cuando aparecía. Un domingo que llovía mucho, y la calle no era un refugio posible, pasó a conversar el viejo Román. Y esa tarde, estaba más incisivo que de costumbre.

—Sabés lo que pasa Rodi, la culpa es de los bolivianos y paraguayos que nos vienen a sacar el trabajo. Nos usan las escuelas, los hospitales y no pagan ni un peso de impuestos. ¡Ni un

peso! ¡Somos todos vivos!

Lo miré al Profe fijamente, con quién habíamos conversado hacía unos días sobre el asunto de la inmigración. Me respondió con una leve sonrisa.

—Bueno Román —le respondió Rodi—, la verdad es que son trabajadores, te acordás del muchacho...

—¿Trabajadores? A mí no me jodan. No, no, no... yo me rompí el alma trabajando toda la vida para que estos se la lleven de arriba, ¿o no Raúl? Esto con los milicos no pasaba, ¿sabés cómo resolverían esto?

—No sé, Román —dijo Raúl—. Mis viejos cayeron de España de la misma forma que los bolivianos.

—Pero era diferente. No me vas a comparar... y encima los políticos que son todos delincuentes. Yo ya viví este cuento mil veces. Nadie me lo contó. Antes por lo menos se tenía una pobreza digna...

El Profe, mirándome de reojo, frunció el ceño y sonrió.

—... ahora son todos negros sinvergüenzas. Maleducados. Lo único que quieren es chupar y agarrarse a las trompadas. Acá no se puede vivir más. Este país se viene abajo. Vos pibe —dijo mirándome—, ¿para qué vas a estudiar si acá hay cada vez menos laburo? No te gastes. Acordate lo que te digo. Esto cada vez se pone peor. Antes se podía estar en la calle. Ahora si salís a tomar mate a la puerta te pegan un tiro por cinco pesos. ¡Es así, nomás! Son todos borrachos y drogadictos. Tomate el buque mientras tengas guita para comprar el pasaje. Sino vas a terminar manejando el remis hasta los cincuenta años, ¿o te pensás que...?

—¡Basta, Román! Pará la mano, viejo —lo interrumpió el Tano, que sorprendió a todos porque era la primera vez que levantaba la voz de esa manera.

Los demás ya estábamos resignados a escuchar los monólogos fatalistas de Román, sin discutir, para que pase más rápido.

—... nosotros acá le estamos poniendo el pecho a esta realidad que es la que nos tocó. No sé por qué, pero acá estamos, laburando como podemos y pasándola bien, entre amigos. —El tono de voz era cada vez más alto—. Y decime, ¿quién carajo te mandó a vos —juntó los dedos y agitó su mano derecha frente a Román— a venir a tirarnos a nosotros todo ese veneno?! Mandate a mudar a tu casa, hermano... ¡y dejarnos de joder! Y no nos engrupá que todos sabemos los chanchuyo en los que anduviste vos. Y ahora te la das de santo y le decís al pibe que se vaya a otro país... ¡tomate el buque vos!

Don Román no salía de su estupor. El Tano estaba colorado, le temblaban las manos y los ojos se le habían llenado de lágrimas.

—Vení Tano —dijo el Negro, finalmente—, acompañame a fumar un pucho. —Y abrazándolo con un brazo lo llevó hacia afuera.

—¿Y a este?... ¿qué bicho le picó? —preguntó el viejo, mirándonos.

—Vos, Román... —dijo Raúl, notablemente molesto—. Te ponés muy pesado, todas pálidas. Yo también tengo unos cuantos años encima, y estoy cansado. También me rompí el lomo, pero no tengo rentas. Entonces vengo a trabajar, doce horas por día, para no pasar angustias. Y estos muchachos... —dijo, un poco con la voz quebrada y señalándonos con la mirada—, acá la pasamos bien. Mañana cuando andés caminando por acá, hacenos un favor y llevá tus pensamientos para otro lado.

El viejo Román, mirando a la nada, con las palmas de las manos hacia el cielo, como pidiendo explicaciones, dio media vuelta y se fue. A los diez minutos, entró el Tano.

—Vení Tano —dijo Raúl—, vamos a jugar un truco. Vos, el pibe y yo contra estos tres pichones.

—¿Le parece? —respondió el Tano, todavía angustiado—, pero es afano... El Profe aprendió a jugar la semana pasada y el Negro es arisco pa la mentira. De Rodi no digo nada porque es el que manda, no sea cosa...

Se quedó pensando y continuó.

—Perdonen muchacho, se me fue la mano con el viejo este. ¡Pero cómo me hizo engranar!

Esa tarde, el Profe, que parecía muy conmovido por la situación, se fue más temprano. Los días siguientes no se presentó a trabajar. Al tercer día, Rodi pudo comunicarse con su esposa, quién le comentó que estaba en cama, con anginas, y que necesitaría unos días más de reposo. Si bien no puedo decir que éramos amigos, le tenía afecto y comencé a preocuparme.

Al lunes siguiente, el Profe volvió.

—¿Cómo le va, Profe? —le dijo el Tano, con una gran palmada en su hombro—. ¿Le anduvo fallando la gola? Mi abuela decía que son las cosa que uno no dice las que nos enferman la garganta.

—Bien, bien, Tano, gracias. ¿Ustedes cómo están? —preguntó el Profe.

—¡Estraordinario! Tomá... comete una tortafrita que las hice yo hace un ratito. Tomá, dale. Te curan hasta el alma, te curan.

Esa tarde, pudimos conversar a solas con el Profe. El Tano y Rodi estaban sentados afuera, hablando con un vecino. Todavía era joven para confiar en mi intuición, pero me pareció que le pasaba algo más que una simple angina. Se lo notaba más introvertido que de costumbre.

—¿Estás mejor, Alberto?

—Un poco mejor, sí...

—¿Te agarró fuerte, no?

—Bueno, mirá... la verdad es que nunca estuve mal de la garganta, fue una mentira piadosa. Pero sí estuve en cama.

Se quedó pensando, con la mirada perdida en algún punto entre el teléfono y el calendario del frigorífico. Sacudió la cabeza y continuó.

—Es que... me desmoroné.

—Pero... ¿pasó algo?

—Me pasó la vida por encima. Me atropelló como a un perro. El tema es que no lo vi venir.

Si hubiera venido de cualquier persona, me hubiera parecido una metáfora trillada. Pero cuando la dijo el Profe, me sentí yo mismo atropellado. Me pareció que quería hablar.

—¿Querés contarme? —le pregunté.

—No quiero aburrirte, ni cargarte con mis problemas. Además no es nada nuevo, lo que pasa es que cada tanto me quedo sin fuerzas y dejo de aguantar.

Me quedé callado, esperando que continúe. Se cruzó de piernas, me miró de reojo y suspiró fuerte.

—Bueno...voy a tratar de hacerla corta para no agobiarte. Hasta hace tres años, yo era gerente administrativo del Banco Hispano. Cuando me enteré que los chinos iban a comprarlo, sabía que iban a despedirme. Pero tampoco me preocupaba... la indemnización iba a ser muy buena y con los contactos que había hecho en mis veinte años de carrera bancaria... bueno, no creía que encontrar trabajo fuera un problema... la cuestión es que me echaron y me pagaron mucho dinero. Me tomé varios meses de descanso, nos fuimos de viaje con mi mujer y los

chicos, descansé mucho, fui a pescar, hice un curso de sommelier. Pero cuando comencé a enviar currículums, no encontré respuestas. Al principio pensé que era cuestión de tiempo, o de suerte, pero los meses seguían pasando. Entonces me di cuenta de que el mercado estaba cambiando, se estaba modernizando, y yo era un contador de cincuenta años, canoso, de la vieja escuela... Viendo que se me estaba complicando y no tenía otro plan, decidí invertir la mayor parte de la indemnización que me quedaba, para no perderla y obtener algún ingreso. No tomé buenas decisiones, mis inversiones se empezaron a depreciar y tuve que sacar lo que quedaba antes de seguir perdiendo.

Hizo una pausa, miró hacia el techo, luego hacia la puerta, y continuó.

—Y acá me ves. La remisería fue mi mejor opción. Ya no tengo fuerzas para seguir peleando. Yo sé que podría hacer más de lo que hice. Pero no doy más. Además, ya conversamos sobre lo difícil que está la cosa. Cuando mejore, veremos. —Se quedó pensando, señaló las tortafritas y me dijo—: el otro día, al verlo al Tano reaccionar así, con esa mezcla de impotencia y bronca... yo también me sentí como él. Y como ya venía en la cuerda floja... no pude sostenerme. Él debe haber pasado por lo mismo que yo, pero muchas veces.

En la vereda, el Tano gesticulaba ampulosamente. Rodi y el vecino se reían.

—Y ahí lo tenés, a las carcajadas, cargándose en el hombro la resignación de todos nosotros. Lo admiro, ¿sabés?... y le tengo un poco de envidia.

Qué triste es el final

Cómo contactarme

- Web, *jmgurrera.com.ar*
- Blog, *medium.com/@jmgurrera*
- Email, *jmgurrera@gmail.com*

«Libro a la gorra»

Como te comenté al comienzo del libro (ver página 5), este es un «libro a la gorra». Si lo deseás, podés contribuir al financiamier

- **Efectivo. Cuando me veas o vía conocidos.**
- **Banco. Alias: *jmgurrera1***
- **Tarjeta de crédito: *paypal.me/jmgurrera***
- **Otros. Web: *jmgurrera.com.ar/contribuir***

Al momento de publicarse esta edición, el financiamiento entero corre por mi cuenta. Todos los ejemplares serán liberados por creo en la obra. Y también, quizás, porque estoy equivocado y no puedo verlo.

El dinero que recaude voy a destinarlo a financiar el desarrollo de la obra. En particular, esta edición y ediciones posteriores.

Si te gustó encontrar/recibir este libro, ayudame a que eso pueda seguir ocurriendo :)

Otros libros de mi autoría

- «Punto Rosalía».
- «Esto no va a ser fácil».
- Libro en desarrollo, se publicará a fin de 2019.

Cómo conseguir mis libros

- Librerías de Buenos Aires, Mar Azul y otros lugares. Consultar en mi Web.
- Las versiones digitales de mis libros pueden descargarse gratis en mi Web.

Podés ayudarme mucho si

- Me escribís y me contás con total honestidad qué te pareció el libro. Sin dudas, tanto las críticas positivas como negativas me ayudarán a mejorar en el futuro. Los puntos que siguen son solo relevantes si el libro te gustó.
- Contribuís a financiar la obra.
- Hacés circular el libro.
- Compartís en redes sociales tu cuento favorito. Los encontrarás publicados en mi blog, listos para ser compartidos. ¡Googlealos!
- Me ponés en contacto con alguna editorial a la que pueda interesarle publicar este libro, los anteriores o los próximos.
- Me ponés en contacto con alguna librería a la que pueda interesarle ofrecer mis libros.
- Me ayudás a traducir los cuentos a tu idioma, sin importar lo extravagante que sea.

Ilustración de tapa

El autor de la maravillosa ilustración de la tapa es Mariano Jofré. A Mariano le gusta dibujar y pintar. Su cuenta de Instagram es @jofremariano

Agradecimientos de esta edición

*«Agradece a la llama su luz,
pero no olvides al pie del candil que, constante y paciente, la sostiene en la sombra.»
Rabindranath Tagore*

A los lectores, por su apoyo.

A mi hermana Mer, por su revisión de todos los textos, pero también por ayudarme a buscar la profundidad que podía haber en ellos. Admiro en ella su honestidad y coraje para enfrentarse a la verdad, comenzando por la suya. Recomiendo su blog «Última estación: fideos con queso» y su nuevo libro «Un encuentro de dos minutos», disponible en las librerías de Mar Azul.

A mi amigo Mariano, por su ayuda en todas las cuestiones relacionadas al diseño visual del libro. Su humildad y generosidad son admirables.

A mi amigo Oto, por su ayuda en todos los frentes de este libro.

A mi amiga Noe, por su ayuda en general y por su apoyo logístico en particular.

A Branka, María Alejandra, Anja y Pablo, quienes me ayudaron a traducir algunos de los escritos al inglés y alemán. Esas traducciones están disponibles en mi blog.

A mis amigos Gaby, Vicky, Pablo, Adri, FerG y FerS por su permanente disposición a ayudarme.

A Pablo, Lari y Corina, por utilizar este libro con sus alumnos y compartirme su experiencia.

A mi amigo Gonza, quien me apoya con su permanente y poco serio asesoramiento. Y, junto a Ceci, con su vino de gran calidad.

A mis viejos, los incondicionales.

A todos los que me ayudaron en el proceso de creación del libro.

A todos los que todavía no me ayudaron, pero que pronto lo harán.

Breve biografía

«...no hay desnudez más genuina y terrible que la expresión artística, si es auténtica; ya que toda obra de arte es una autobiografía, no en el sentido literal de la palabra, sino en el sentido más profundo y grave: un árbol de Van Gogh es Van Gogh, es su propia y desnuda alma ante nosotros.»

Ernesto Sabato

Si Sabato está en lo cierto, podrán conocerme más leyendo los cuentos de este libro que las pocas líneas que siguen. Aun así, voy a escribirlas, porque mis consejeros más comprometidos insistieron con que «me deje de joder con Sabato y Van Gogh, la gente quiere datos concretos». Siempre escribí, desde que aprendí a hacerlo en 1989, a la tierna edad de seis años. Comencé a publicar mucho después, algo así como a los dieciocho. Primero, lo hice muy informalmente, con humildes fotocopias, luego en un periódico barrial y más tarde en un par de blogs. Entre 2016 y 2018, auto-publiqué ediciones de «Punto Rosalía», «Una aventura miserable» y «Esto no va ser fácil».

Nunca participé de un taller literario, lo cual quizás explique el resultado de este libro, sea cual sea. No es que me oponga a hacerlo, todo lo contrario, pero siempre que dispongo de tiempo para la literatura, prefiero dedicarlo a escribir o a leer.

Tampoco me opongo a publicar con una editorial, pero el trabajo de encontrar una es un proyecto en sí mismo, por lo general arduo y poco relacionado a la literatura. Por suerte, o por determinación, existen caminos alternativos.

Hace mucho tiempo, cuando publicaba en fotocopias, solía participar de concursos literarios. Pero ya no lo hago, por varias razones, como lo tedioso de los procesos de participación y mi desconfianza instintiva e injustificada hacia los jurados.

Por eso, o porque no soy tan bueno, no he ganado premios ni reconocimientos por el estilo. Eso no me resulta importante, pero son cosas que suelen mencionarse en las biografías.

No vivo de la literatura. Eso me facilita escribir y publicar con una enorme libertad, sin ningún tipo de condicionamiento.

Ahora sí, los datos concretos. Nací en Palermo, Buenos Aires, pero crecí en el conurbano, en San Andrés, mi barrio. Allí fui parte del Colegio Agustiniano, del Club Tres de Febrero (donde me recibí de Guardavidas), de la Biblioteca Diego Pombo y de la agrupación Vecinos de San Andrés. Más tarde me recibí de Ingeniero en Informática (UBA). En paralelo, aprobé el primer año de Ciencias Políticas (UBA). Ya recibido, fundé dos pequeñas empresas junto a mi amigo Mariano: Glidea y Drupal Soul. Durante los últimos años, pude hacer muchos viajes, principalmente en Latinoamérica, Europa, Asia y Norteamérica.

Por último, lo más importante: estoy muy feliz de escribir, publicar y compartir este libro con ustedes.

Burocracia

Uno de los aspectos positivos de la auto-publicación es que puede darse a la burocracia el lugar que se merece: el peor de todos. Que no es el final, sino justo antes.

Guerrera, Juan Manuel

Un aventura miserable / Juan Manuel Guerrero. - 2a ed. revisada. - San Andrés : Juan Manuel Guerrero, 2018. 144 p. ; 17 x 11 cm.

ISBN 978-987-42-9364-0

1. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

Segunda edición impresa. Editado por Juan Manuel Guerrero en San Andrés, Buenos Aires, Argentina, durante Septiembre de 2018. 2000 ejemplares. Impreso en Argentina. Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución - CompartirIgual 4.0 Internacional. ¡Esta es una Licencia de Cultura Libre!